



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

**EL EJERCICIO PERIODÍSTICO EN EL PERIODO DE DICTADURA:
LAS PRÁCTICAS DE REPORTEO EN MEDIOS OFICIALES DE LA
PRENSA ESCRITA**

VALENTINA PAZ ESPEJO DROGUETT

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Reportaje periodístico

Profesor/a guía: María Cecilia Bravo

Santiago de Chile

Julio 2016

ÍNDICE

Introducción: Consistorial 1273	2
Capítulo I: La prensa escrita de antaño	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo II: La prensa durante el gobierno de la Unidad Popular	33
Capítulo III: La prensa durante el Régimen Militar	46
Capítulo IV: La reconversión de la prensa	73
Bibliografía	93

INTRODUCCIÓN: CONSISTORIAL 1273

Es verano del 2014. Luciana tiene 23 años y está frente al computador de una sala de redacción de un diario, mientras se entera por Facebook de que sus amigos disfrutaban en la playa, se van a mochilear al sur de Chile y, los más suertudos, salen de vacaciones fuera del país.

Ella mira las fotos en la pantalla. Le duele el estómago, siente como que se le quema adentro, es puro nerviosismo. Acaba de cumplir un mes como practicante de periodismo, y la relación con su editor no mejora. No ha tenido buenas ideas que aportar en la reunión de pauta de la mañana. Tampoco le ha ido bien cuando la han enviado a reportear. Peor ha sido cuando editan sus notas: hay faltas de ortografía y desorden en la redacción.

El editor no es muy alto, ni flaco ni gordo, tiene unos cuarenta años y la cabeza llena de canas. Cuando le ha tocado editar las notas de Luciana, la ha llamado a su escritorio, la mayoría de las veces a gritos. Él cree que ella no tiene “dedos para el piano”, que escribe como un alumno de primer año de periodismo y que carece de iniciativa. Más de una vez se lo dijo.

La joven llega al diario a las ocho y media de la mañana, porque ha sido castigada por sus atrasos. El resto de los periodistas deben ingresar a las diez pero la mayoría lo hace media hora después. Por lo general, escriben una nota al día. Reportean en la mañana y después de almuerzo se dedican a escribir. Los requerimientos de las noticias no son muy extensos, pues los avisadores acaparan la mayoría del espacio en las páginas.

El cierre de la primera edición es a las siete y media de la tarde, por lo que a esa hora los reporteros ya pueden irse a sus casas. Una redacción parecida al paraíso dirían algunos, si se tuviera que comparar con otros diarios donde la exigencia es mayor y no existen horarios establecidos de entrada ni salida para los periodistas.

A mitad de su práctica profesional, Luciana estalla. Hasta la oficina del editor llega una licencia médica de un mes. El diagnóstico: depresión severa. Luciana, la más alegre del grupo de

practicantes de ese año, el alma de la fiesta entre sus compañeros de universidad, ahora deberá tomar medicamentos. No quiere volver al diario y tiene serias intenciones de abandonar la carrera de periodismo, aunque ya completó el octavo semestre.

La historia de Luciana se repite cada año en varios diarios, u otros medios como la televisión o la radio, cuando los estudiantes de periodismo asumen el desafío de la práctica. No sólo pasa en dicha carrera, sino que en cualquier trabajo.

Un alto porcentaje de jóvenes de la generación de Luciana suelen medicarse para sentirse bien. Según algunas encuestas no están muy interesados en votar en las elecciones políticas (supuestamente están ni ahí). Lejos de tener una postura tradicionalista de derecha o izquierda, son anti-partidistas y apoyan causas medioambientales, luchas del mundo gay o animal, después del trabajo van al gimnasio o salen a correr para estar en la onda “runner”. Viven en una sociedad donde el neoliberalismo económico, político y social, se encuentra consolidado.

Rodolfo es un periodista de 55 años que está en la sala de redacción de un diario ubicado en Consistorial 1273. “Ahora es pura miel sobre hojuelas y los patudos se quejan. No tienen idea lo que es tener un día difícil, se inventan las razones para sentirse abatidos. Tiran licencias médicas como condenados. Si supieran cómo era reportear en dictadura”, comenta sobre el caso de Luciana.

Valentina, otra practicante de ese verano, lo escucha y hace una pausa en su ajetreada rutina mientras toma un café para paliar el sueño. Inmediatamente se le viene a la cabeza lo que dice Rodolfo. Piensa en la condición de Chile hace cuatro décadas atrás y le es difícil aproximarse siquiera a la idea de cómo era vivir en un régimen de facto, gobernado y sitiado por una dictadura militar.

Aparecen más preguntas: ¿Cómo era la vida en esa época? ¿Cómo lo hicieron las personas para adaptar su cotidianidad al horror? ¿Qué pensaba la gente cuando salía a comprar pan? ¿Cómo era levantarse cada mañana e ir a trabajar? ¿Cómo cambiaron sus vidas y siguieron adelante después del trauma? ¿Cómo evadían dicha realidad? ¿Qué pasaba por su mente cuando

leían, veían o escuchaban las noticias?

Periodismo en tiempos de guerra

Valentina piensa en los periodistas que escribieron las noticias de los diarios que leyeron los chilenos hace cuatro décadas. Aquellos que tecleaban a prisa en las máquinas de escribir de las salas de redacción para despachar a tiempo.

Se pregunta por el presente de los autores que nutrían a diario el imaginario colectivo del chileno a pie, quienes escribieron las noticias y construyeron el contenido simbólico de lo que ocurría en el país en el ámbito socio-político y económico, aquellos años previos y posteriores al golpe de Estado.

Las y los periodistas de medios escritos tradicionales, trabajadores y trabajadoras, hijos, hermanos, esposos, madres y padres de “alguien”. Personas como cualquiera otra, pero con una historia única como todos. Surgen más preguntas: ¿Cómo fue trabajar en una sala de redacción en el periodo de la dictadura? ¿Qué tan posible era reportear en dicho contexto? ¿Cuál era y fue finalmente el rol de los periodistas en esta etapa de la historia de Chile? ¿Cómo se sobreponían a las dificultades y se seguía adelante? ¿Qué podemos aprender los periodistas nuevos de aquellas experiencias para resignificar nuestro rol y labor en la actualidad?

La prensa en alerta

Durante los años sesenta, la sociedad chilena vivió un proceso de auge en las luchas sociales y políticas, lo que culminó en 1970 con la elección de Salvador Allende, el primer Presidente socialista en el mundo en llegar al poder por la vía democrática.

Según dice Hernán Uribe, en el libro “Morir es la noticia”, algunos periódicos que respaldaron a Salvador Allende, tales como “El Siglo”, del Partido Comunista, y “Las Noticias de Última Hora”, influida por el Partido Socialista, más algunas revistas como “Punto Final” y publicaciones provinciales, circulaban en una proporción menor al diez por ciento de la tirada de los diarios adversarios al régimen o tradicionales.

“En la trinchera opuesta, el cuadro era absolutamente diferente. El empresariado, la aristocracia agropecuaria y sus expresiones políticas, e incluso corporativas, tuvieron claro que los medios masivos realizan una función dirigida a la conquista de las conciencias, a despecho que se auto proclamen objetivos”¹.

En 1970 la estructura de concentración de los medios de comunicación de la prensa escrita pertenecía a cuatro consorcios: El Mercurio/Lord Cochrane, Empresa Editora Zig-Zag, Consorcio Periodístico de Chile (COPESA) y Sociedad Periodística del Sur (SOPESUR). El Mercurio, SOPESUR y COPESA controlaban el 80 por ciento de la producción nacional de diarios, con una tirada superior a los 500 mil ejemplares².

Este aparato de la prensa escrita, junto a los consorcios de radiodifusión tales como Radio Minería, Radio Portales, Compañía Chilena de Comunicaciones, Radioemisoras Unidas y emisora Presidente Balmaceda, colaboraron en la denominada *Campaña del Terror* que se inició en las elecciones presidenciales de 1964. Posterior al golpe militar se desclasificó valiosa información acerca de la intervención de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CÍA), que inventó, financió y pagó a periodistas para que mintieran y tergiversaran la información³.

Una vez que el Presidente Allende llegó al gobierno, la lucha ideológica entre quienes apoyaban el proyecto de la Unidad Popular y los sectores que se oponían de manera férrea se agudizó.

Por esto, era recurrente que las portadas de los diarios tradicionales apuntaran a entregar al lector una sensación de desgobierno, caos institucional, descrédito de las autoridades, fomento de la violencia, difusión de amenazas a los poderes legislativo y judicial, y una supuesta carencia de libertad de prensa en Chile.

¹ CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. Morir es la noticia, Santiago de Chile, 1997, pág. 24.

² Ídem.

³ Ídem, 25p.

El frente informativo

Una vez que ocurrió el Golpe Militar, el nuevo régimen ordenó clausurar los periódicos y decretó la interrupción de las radios. Esto incluyó un proceso en el que la prensa debió ajustarse al nuevo entramado de poder.

De este modo, desde el 11 de septiembre de 1973 hubo una serie de restricciones hacia la labor de la prensa, que hicieron inviable el mandato de ser el “cuarto poder”, que propone la teoría liberal. Luego de los bandos militares proclamados el 12 de septiembre, que se referían al cierre de los medios que apoyaron el gobierno de la UP -estrategia que estuvo acompañada por la clausura y destrucción de imprentas, como Nuevo Horizonte-, la prensa sobreviviente sufrió la censura previa y la persecución de los periodistas calificados como conflictivos.

Desde septiembre de 1973 hasta fines de 1974, la censura operó de facto, sin marcos legales específicos y con guías como el decreto 77, que declaraba ilegal al Partido Comunista. “La Junta Militar de Gobierno advierte a la población: todas las personas que estén ofreciendo resistencia al nuevo gobierno deberán atenerse a las consecuencias”, decía el bando 7 del 11 de septiembre de 1973.

En las noticias que aparecieron en los diarios de la época se distingue una línea editorial común, que tiene que ver con la difusión de un imaginario simbólico de unidad nacional, integridad moral, restauración de la chilenidad y el amor a la Patria, entre otros conceptos.

El periodista Federico Willoughby fue el portavoz de la Junta Militar durante los primeros cuatro años de dictadura. Más tarde reconocería que entre las tareas que eran parte de la Dirección de Comunicación Social (Dinacos) estaban el control de la información, la censura, la distribución de noticias y la vigilancia de los periodistas.

Lentamente, las restricciones a la libertad de expresión se legalizaron. El decreto ley 1.281, publicado el 10 de diciembre 1975, modificó aspectos de la Ley de Seguridad Interior del Estado, especialmente en su capítulo respecto a los medios de comunicación. Así, se consagraba una libertad de prensa a medias, pues estaba subordinada a los estados de sitios y de excepción,

que fueron la regla antes de promulgar la Ley de Amnistía en 1978. Ese decreto ley detalla las facultades militares para "suspender la impresión, distribución y venta hasta por seis ediciones de diarios, revistas o folletos, o transmisiones por seis días de medios audiovisuales, que emitan opiniones, noticias o comentarios, tendientes a crear alarma o disgusto en la población, desfiguren la verdadera dimensión de los hechos, sean manifestaciones falsas o contravengan las instrucciones que se les impartieron por razones de orden interno".

La Seguridad Interior del Estado (medida que se inauguró en 1937 y que sirvió para extender el estado de excepción del gobierno de Gabriel González Videla, entre otros sucesos) era el nuevo parámetro de medición porque tangencialmente hablaba del “enemigo interno”.

El decreto 1.281 definía además que el jefe militar de la zona en estado de emergencia era quien suprimía las informaciones "destinadas a menoscabar el espíritu de sacrificio de la población en beneficio del porvenir de la Patria. Lo mismo que de aquellos que deforman la verdadera dimensión de los hechos o simplemente los falsean"⁴.

En este nuevo escenario, sólo permanecieron los medios de prensa que respaldaron al Golpe, tales como los diarios “La Tercera”, “El Mercurio”, “Las Últimas Noticias”, “La Segunda”, “Tribuna” y “La Prensa”. Mientras que en la otra vereda desaparecieron “El Siglo”, “Puro Chile”, “La Nación” y “Última Hora”, a los cuales además se les confiscaron sus bienes.

Desde el día del Golpe hasta la caída de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) en 1977, o la promulgación de la Ley de Amnistía en 1978, se configuró un panorama caracterizado por la ausencia de medios de comunicación críticos al régimen, organismos comunicacionales dirigidos por militares (luego fueron civiles), debilitamiento de la sociedad civil y una extrema cautela ante la publicación de informaciones (autocensura), entre otros.

Las plumas de la experiencia

Si bien las primeras voces de la prensa disidente se escucharon en las radios Balmaceda y

⁴ LAGOS LIRA, CLAUDIA. El diario de Agustín, LOM Ediciones, Santiago de Chile, pág. 61.

Chilena, que fueron los primeros medios en hablar de la violación a los derechos humanos instaurado por el régimen de Augusto Pinochet, la aparición de las revistas “Hoy” y “Análisis” en 1977, “APSI” en 1976, “Cauce” en 1983, el periódico “Fortín Mapocho” al año siguiente, y “La Época” en 1988, constituyeron el fin progresivo del silencio de los periodistas de la prensa escrita.

La idea de estas publicaciones era denunciar las violaciones a los derechos humanos que ocurrían durante la dictadura e instalar en el debate público la inexistencia de la libertad de prensa. Estas causas fueron apoyadas por publicaciones ligadas a la Iglesia Católica como la revista “Mensaje”, fundada por Alberto Hurtado, “Solidaridad”, nacida en 1976 y dependiente de la Vicaría de la Solidaridad, y la “Revista Chilena de Derechos Humanos”, del programa del mismo nombre de la Academia de Humanismo Cristiano.

En 1983 se produjeron las primeras jornadas de protestas producto de la crisis económica que afectó al país, con eso comenzó a aglutinarse una oposición y a movilizarse las organizaciones sociales. En este contexto, los medios de oposición enfrentaron los más graves obstáculos legales contra la realización de su actividad periodística. En noviembre de ese año apareció la revista Cauce.

En el año 1985 hubo dos acontecimientos que relevaron el rol de los medios de comunicación opositores a la dictadura: el asesinato de los hermanos Rafael y Eduardo Vergara Toledo y el secuestro de los profesionales comunistas Santiago Nattino, José Manuel Parada y Manuel Guerrero.

Simultáneamente se incrementó la cobertura por parte de los medios opositores referente a las protestas y manifestaciones populares, además de los primeros acercamientos entre representantes políticos del centro y de derecha, cuestión que contribuyó a configurar un ambiente de búsqueda de acuerdos.

En abril de 1987 el Papa Juan Pablo II visitó Chile, lo que propició un escenario de expectativas conciliadoras para la ciudadanía y una oportunidad de denuncias contra el gobierno

militar, que fue un antecedente a lo que sería el plebiscito de 1988.

Solo veinte años después, en el año 2008, el Colegio de Periodistas de Chile hizo un mea culpa, en el que la institución se disculpó ante los familiares de las víctimas de la dictadura por la participación “culposa y anti-profesional” que tuvieron miembros de los principales medios de comunicación de la época en el montaje de falsos enfrentamientos, donde hubo más de cien opositores.

Además, el gremio sancionó con la expulsión al periodista Roberto Araya y con la suspensión de la colegiatura y la censura pública a Julio López Blanco, Vicente Pérez Zurita, Manfredo Mayol y Claudio Sánchez.

La motivación de este reportaje periodístico fue rescatar el pasado de la prensa chilena para comprender cómo las prácticas de reporte de los medios de comunicación escritos durante la Dictadura Militar (1973-1988) configuraron el presente. La idea es conocer de qué manera impactó el contexto socio-político de la época en el ámbito laboral, personal y familiar de aquellos periodistas.

Además, su relevancia consiste en rescatar las experiencias del pasado para aprender sobre los aciertos y los errores que se cometieron en la profesión, para re significar el rol del periodista y el aporte real que cada uno realiza desde su vereda laboral.

Es difícil dimensionar para los periodistas actuales el contexto hostil y de adversidad en el que se desarrollaron otros colegas en el pasado; muchos de ellos son compañeros en la actualidad, sobrevivieron a una compleja época y constituyen una fuente rica de vivencias y memoria para comprender por qué los hechos tomaron un determinado curso.

Por medio de sus relatos y experiencias profesionales se puede hacer un análisis crítico del actual ejercicio del periodismo en los medios de comunicación, específicamente en la prensa escrita, y develar si existe una herencia o naturalización en las prácticas de rutina del ejercicio periodístico, desde el reporte hasta la publicación final de la noticia.

El objetivo es comprender, desde la perspectiva personal de los protagonistas, cómo fue seguir con el ejercicio del periodismo durante y después de la dictadura y cómo ha evolucionado su vida personal y profesional, luego de la transición a la democracia.

El material de este trabajo se nutre de algunos libros como “Morir es la Noticia”, de Ernesto Carmona; “Historia del Periodismo Chileno (1812-1955)”, de Alfonso Valdebenito; “Cien años de prensa en Chile, concurso nacional de ensayo en conmemoración de los 100 años del Círculo de Periodistas de Santiago”, del Círculo de Periodistas de Santiago; “Análisis histórico del periodismo chileno”, de Eduardo Santa Cruz; “Allende, cómo la Casa Blanca provocó su muerte”, de Patricia Verdugo; “Nuevas tecnologías para la producción periodística”, de Diego de García y otros autores; “Prensa y Nueva Tecnología”, de Ana María Menéndez y otros autores; “Historia Oculta del Régimen Militar”, de Óscar Sepúlveda, Manuel Salazar y Ascanio Cavallo.

También se hizo una revisión documental en la sección Periódicos y Microformatos de la Biblioteca Nacional y en la Sala Virtual de Prensa (online); se trabajó con los diarios “El Mercurio”, “Las Últimas Noticias” y “La Tercera”, “La Segunda” entre el período 1973 y 1988.

Además de ver reportajes audiovisuales de programas como “Informe Especial” y “Zona de Reportajes”, ambos de TVN; los documentales “La ciudad de los fotógrafos” (2006), de Sebastián Moreno; “En algún lugar del cielo”(2003), de Alejandra Carmona; “11 de septiembre de 1973: El último combate de Salvador Allende” (1998), de Patricio Henríquez; “Aunque me cueste la vida” (Silvia Maturana, Pablo Navarro Espejo); “Héroes frágiles” (2007), de Emilio Pacull; “Años 70, la invasión silenciosa” (2007), de Ángel Palacios; “Solidaridad, Fe, Esperanza y Santuario” (1988), de Gillian Brown y “La Espiral” (1976), de Armand Mattelart, Jacqueline Meppiel y Valérie Mayoux.

El reportaje se dividirá en cuatro capítulos: en el primero se expondrán los antecedentes del origen de la prensa en Chile; cómo ha sido su transformación con el paso de los años. Por otra parte, se revisará de qué manera se gestó la prensa moderna en el país y cuál fue el rol del

periodismo en el efervescente escenario socio-político de mediados de los años sesenta y principios de los setenta.

El segundo capítulo se centra en la experiencia de la prensa durante el gobierno de la Unidad Popular (UP) y la intervención de Estados Unidos en Chile por medio de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), para desestabilizar el gobierno del entonces Presidente Salvador Allende.

El tercer apartado comienza con la fatídica mañana del martes 11 de septiembre de 1973, cuando ocurrió el Golpe de Estado contra el gobierno de Salvador Allende. Luego, la conformación de la Junta de Gobierno, las disposiciones de censura y cierre de algunos medios de comunicación, y una descripción del ejercicio periodístico durante la dictadura de Augusto Pinochet.

El capítulo final aborda el rol de los medios de comunicación de oposición al régimen militar, la progresiva transformación económica y social que ocurrió en el país bajo la administración de los militares. Asimismo, se describirán algunos de los cambios tecnológicos que fueron ocurriendo en la sala de redacción. Finalmente, se hará una revisión del panorama mediático actual y el presente de los periodistas entrevistados.

CAPITULO I: LA PRENSA ESCRITA DE ANTAÑO

"Está ya en nuestro poder el grande, el precioso instrumento de la ilustración universal: ¡La imprenta!", escribió Camilo Henríquez en febrero de 1812, en la edición inaugural de la "Aurora de Chile: periódico ministerial y político", el primer diario impreso en el país.

La publicación editada por fray Camilo Henríquez abordó, fundamentalmente, temas de política y filosofía. Contaba con cuatro páginas impresas a dos columnas, era del tamaño de una hoja de papel oficio y se publicaba semanalmente los jueves.

El "*staff*" editorial lo integraban las plumas del propio Camilo Henríquez, Manuel de Salas, Juan Egaña y Manuel José Gandarillas, entre otros políticos e intelectuales. Antes de su publicación los únicos diarios que se leían en Chile, y que además llegaban con mucho retraso, venían de Buenos Aires, Lima y España.

Gracias a la "Aurora" los lectores criollos conocieron las ideas de autores y filósofos de la Ilustración, como Rousseau, Voltaire y otros. Esto fue clave para la difusión y acogida de las ideas sobre soberanía popular, la facultad de los pueblos para gobernarse y elegir a sus autoridades, la Independencia y la fundación de la República.

"En esa época se estaban llevando adelante distintas luchas en el campo de batalla, pero la que libra Camilo Henríquez, de manera particular, es la de las ideas. Las ideas emancipadoras, la Ilustración, ir mostrando cada vez más cuáles son los derechos de los pueblos, hacer conciencia cada vez más colectiva de lo que significaba el hacerse cargo como República, y para eso traduce textos, busca puntos de comparación para que el país vaya creciendo"⁵, dice Horacio Hernández,

⁵ VÁSQUEZ, VERONICA. 2012. 200 años de la aurora del periodismo chileno. Diario El Centro, Talca, Chile, 12 de febr. , pág. 10.

editor de “200 Años de la Aurora de Chile”, libro del historiador Roberto Hernández.

Sin embargo, Alfonso Valdebenito, historiador y autor de “Historia del periodismo Chileno” (1956), discrepa de los créditos que se ganó en la historia nacional Camilo Henríquez. Según plantea Valdebenito, antes de la acción del fray, en 1747 ya había llegado a Chile la primera imprenta, rudimentaria, de la mano del jesuita Carlos Haimhausen. Su teoría se basa en el planteamiento de otro historiador, Domingo Amunátegui Solar. Él fue quien entregó este último antecedente, derribando la teoría dominante que señalaba a Mateo Arnaldo Höevel, un activista por la independencia, como el iniciador de la imprenta en Chile y a fray Camilo Henríquez como quien primero la utilizó. “La verdad es que Camilo Henríquez es solo el fundador de la prensa chilena, ya que utilizando los tipos de Höevel comenzó a publicar en 1812 los periódicos “La Aurora” y en seguida “El Monitor Araucano”⁶, dice Valdebenito.

Aquella imprenta traída por Höevel fue instalada en Santiago, en un departamento del antiguo edificio de la Universidad de San Felipe, en los terrenos que hoy ocupa el Teatro Municipal. El 13 de febrero de 1812 se publicó la “Aurora de Chile”, creada para “disponer la Ilustración popular de modo seguro y transcribir con el mayor escrúpulo la verdad, que sola decide de la suerte y crédito de los gobiernos”⁷.

La gente corría por las calles con los ejemplares de la “Aurora de Chile”, cuenta el cronista fray Melchor Martínez, y “deteniendo a cuantos encontraban, leían y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad, y prometiéndose que por este medio se destruirían la ignorancia y la ceguera en que hasta entonces habían vivido”⁸.

La periodista Mónica Rodríguez, de 75 años, quien trabajó durante 25 años en “El Mercurio”⁹, opina que el aporte de Camilo Henríquez ha sido desatendido por los historiadores chilenos. “Tengo amigos colegas de varios países de América Latina, Perú, Ecuador, Uruguay, entre otros, y todos coinciden en que no se le ha hecho el homenaje que merece; fue él quien

⁶ VALDEBENITO, ALFONSO. Historia del periodismo chileno (1812-1955), Santiago de Chile, 1956, pág. 11.

⁷ Ídem, 49 p.

⁸ Ídem, 50 p.

⁹ Entrevista con la autora.

transmitió las ideas revolucionarias desde Chile hacia el resto del cono sur”, dice.

De todos modos, no se tiene certeza si con la “Aurora” comenzó la imprenta en Chile, pero sí de que fue el hito que marcó el surgimiento del periodismo en el país. La prensa ya había nacido en el siglo XVII en Europa, con la creación de la imprenta, y un siglo después en Estados Unidos. No obstante, lo que plantea Domingo Amunátegui coincide con otros historiadores, quienes sostienen que ya desde el siglo XVIII la elite criolla venía presionando para la instalación de una imprenta, y que, a mediados de siglo, los jesuitas intentaron con persistencia hacer funcionar un primer aparato.

De hecho, en 1776 apareció el primer impreso chileno del que se tiene noticia, un pequeño folleto de seis páginas llamado “Modo de ganar el jubileo santo”. Incluso, en los años sucesivos, se imprimieron volantes y pasquines que son considerados como los primeros antecedentes de la industria impresora en Chile.

Pese a estos vestigios, el gran salto no fue hasta fines de 1811, cuando fray Camilo Henríquez trajo desde New York una imprenta que llegó a Valparaíso -hoy se exhibe en la Biblioteca Nacional-, donde se imprimieron las 62 ediciones del periódico la “Aurora de Chile”. Esto impulsó el desarrollo de la prensa local.

Después de la Aurora

A partir de 1812, los actores políticos y sociales en Chile impulsaron el desarrollo de diarios, periódicos, revistas y boletines, como una manifestación de las diversas ideas de gobierno que estaban en pugna por la toma del poder ante la inminente revolución independista.

Luego, el período post-independencia estaría caracterizado por la tensión entre las dos tendencias políticas predominantes: pelucones (conservadores) y pipiolos (liberales). Ambas trincheras ideológicas se valieron de la publicación de periódicos temporales para difundir sus ideas y ganar adeptos. Fue en estas publicaciones donde se realizó la mayor parte del debate a propósito de la contingencia política, transformándose en los principales portavoces de la opinión pública del siglo XIX.

Posteriormente, los criollos de la Colonia se convirtieron en ciudadanos republicanos, sujetos portadores de derechos y obligaciones en el ámbito político y económico. “En ese sentido, la existencia de un espacio de discusión pública materializado en la prensa jugaba un rol crítico, como mecanismo de control del desempeño de quienes se encontraban a la cabeza de la administración del Estado, convirtiéndose en un intermediario entre la ciudadanía y sus gobernantes”¹⁰, plantea el historiador Patricio Ibarra.

Para Claudia Montero, académica y máster de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Salamanca, la historia de la prensa nacional fija su partida junto a los movimientos por la construcción de la República.

“Los primeros periódicos publicados en Chile durante el inicio del siglo XIX poseían una vocación ilustrada de formación política doctrinaria; a poco andar surgió una prensa con objetivos de desarrollo cultural y literario; además del establecimiento de una prensa política de ‘barricada’. En su conjunto, la prensa respondía al momento de construcción de la nación y las consecuentes luchas entre los grupos políticos por imponer su modelo de país”¹¹.

Una prensa “eminentemente doctrinaria”, plantea el académico Eduardo Santa Cruz, en su libro “Análisis histórico del periodismo chileno”, en la que el periódico es concebido como “una trinchera antes que como reflejo objetivo de los hechos y al periodista como un ideólogo y propagandista, antes que como testigo de la historia”¹².

En sintonía con los postulados ilustrados y racionalistas del siglo XIX, la libertad de prensa era concebida como un vehículo de la luz, la razón y el progreso. Así, fue señalada por los líderes de la revolución de la Independencia como un derecho primordial. En este nuevo esquema, los gobernantes serían vigilados por los participantes de la esfera pública.

¹⁰ IBARRA, PATRICIO. 2014. Liberalismo y prensa: Leyes de imprenta en el Chile decimonónico (1812-1872). Revista de Estudios Histórico-Jurídicos (36):294.

¹¹ CIRCULO DE PERIODISTAS DE SANTIAGO. 2008. Cien años de prensa en Chile, concurso nacional de ensayo en conmemoración de los 100 años del Círculo de Periodistas de Santiago. Santiago, Salesianos Impresores S.A. 14p.

¹² SANTA CRUZ A., EDUARDO. Análisis histórico del periodismo chileno, Nuestra América Ediciones, 1988, Santiago de Chile, pág.15.

De este modo, se conforma una visión de la prensa como una herramienta de observación del quehacer de las autoridades públicas, indispensable para ejercer la soberanía. Para esto, era necesario que los ciudadanos pudieran emitir sin censura su opinión, tanto de las personas que se desempeñaban en la burocracia, como de las instituciones del Estado.

Al mismo tiempo, era urgente para los gobernantes crear una legislación que limitara y controlara esta progresiva apertura de la opinión pública, lo que incluía “sancionar” los abusos a la libertad de prensa. Así, el Estado se hizo cargo de administrar el uso y “abuso” del derecho de libertad de expresión por parte de los ciudadanos, instituciones, partidos políticos, organizaciones, y por supuesto, la prensa.

Liberalismo y prensa

El mismo año que se publicó la “Aurora de Chile”, en 1812, surgió el primer antecedente legislativo de la libertad de prensa. Eso sí, con importantes restricciones en materias relacionadas con las creencias religiosas, hábitos y dignidad de las personas.

Un año después, en 1813, Chile ya contaba con un primer cuerpo legal referido específicamente a libertad de imprenta. Su argumento más sobresaliente era que esta evitaría el “mal gobierno”, pues el intercambio de opiniones sobre el acontecer político y económico era un derecho de los individuos, una necesidad para el buen desarrollo de la sociedad y un medio efectivo para evitar la tiranía. Sin embargo, se restringieron expresiones relacionadas con agravios contra personas particulares, la seguridad y tranquilidad pública, la religión del Estado (católica, apostólica y romana) y el sistema de gobierno.

En tanto, para la labor periodística la libertad de imprenta era entendida como “la ausencia de todo tipo de mecanismo de control gubernativo a la fundación y circulación de periódicos”¹³.

Las causales de juicio y sanción en todas las leyes de imprenta chilenas del siglo XIX son resumidas en cuatro conceptos básicos por Patricio Ibarra Cifuentes, en su artículo “Liberalismo y Prensa: Leyes de imprenta en el Chile decimonónico (1812-1872)”: blasfemo (ofensivo de los preceptos de la religión del Estado, es decir, la católica, apostólica y romana), inmoral (vulneración de la moral y las buenas costumbres), sedicioso (atentatorio de la seguridad, integridad o las instituciones del Estado) e injurioso (agravios o imputación de actos contra personas particulares o funcionarios públicos)¹⁴.

Así, los responsables directos de los delitos serían los autores, o en su defecto, los editores e impresores de un escrito. En la práctica estas categorías se mantuvieron inalterables desde 1813 hasta la dictación de la ley de julio de 1872; esta última cambió la conceptualización de los abusos de imprenta, contemplando sólo los delitos de ultraje a la moral, el menoscabo de la religión del Estado y el descrédito de personas particulares y empleados públicos.

El nuevo cuerpo legal de 1872 permitió un desarrollo y evolución en el carácter de la ley de imprenta. En este sentido, se trató de un marco legal permisivo que fue terreno fértil para la atracción de capitales de inversión extranjeros. Así, comenzó a configurarse el periodismo de empresa que caracterizaría al siguiente siglo, ya que cada día ganaba más terreno la información por sobre los comentarios y las polémicas de carácter doctrinario.

De este modo, con la ley de 1872 llegó la consolidación definitiva del liberalismo en cuestiones de expresión e imprenta, gracias a que dicha legislación estableció menos restricciones y sanciones, consagrando la libertad periodística y dando un nuevo impulso al desarrollo de la

¹³ SANTA CRUZ A., EDUARDO. Análisis histórico del periodismo chileno, Nuestra América Ediciones, Santiago de Chile, 1988, pág. 30.

¹⁴ IBARRA, PATRICIO. 2014. Liberalismo y prensa: Leyes de imprenta en el Chile decimonónico (1812-1872). Revista de Estudios Histórico-Jurídicos (36):300.

prensa local¹⁵. Por ejemplo, sin ella hubiese sido imposible el debate público, a través de los diarios, respecto de las alternativas y conducción de la Guerra del Pacífico (1879-1884) o la discusión a propósito del proceso de secularización del Estado, materializado en las leyes laicas, en la década de 1880.

“Benjamín Vicuña Mackenna, Francisco Bilbao, entre otros, sacaron diarios y revistas alternativas, que duraban un día y luego debían quemarlas o esconderlas para evitar sanciones. Era un periodismo liberal y laico, en contra de la iglesia (Católica), pero ésta era tan poderosa que hizo que ellos terminaran presos o prófugos por publicar. Pero fue ese empuje libertario lo que permitió la legitimación pública de las leyes civiles, en 1883”, comenta la periodista y escritora María Teresa Larraín¹⁶.

Periodismo de trincherera

Durante el siglo XIX, los cambios sociales, culturales y tecnológicos contribuyeron al tránsito de una prensa doctrinaria (o de trincherera), a otra, más despojada de la propaganda política e interesada en informar “objetivamente” los hechos que ocurrían en la sociedad.

“Significó una transición entre un tipo de periodismo, más ligado a la vocería y difusión de doctrinas como expresión de partidos o grupos políticamente definidos, a otro, más bien ligado a las exigencias de un mercado informativo en creciente desarrollo y expresadas fundamentalmente bajo la forma de la ampliación del círculo de lectores y la captura de publicidad”¹⁷, dice el académico Eduardo Santa Cruz, en el artículo “El campo periodístico a comienzos del siglo XX”.

Paralelamente, la prensa obrera, último vestigio del periodismo de trincherera o doctrinario, tuvo un importante desarrollo durante las tres primeras décadas del siglo XX. Publicaciones periódicas, semanales o quincenales se convirtieron en la principal voz del movimiento obrero

¹⁵ OSSANDÓN B., C. y SANTA CRUZ A. E. Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2001, pág. 21.

¹⁶ Entrevista con la autora.

¹⁷ SANTA CRUZ A. EDUARDO. 2013. El campo periodístico en Chile a comienzos del siglo XX. Revista Comunicación y Medios (14): 17-29.

chileno. También se utilizó como arma de educación y concientización para las masas, y difusión de la “cuestión social”.

“El periodismo siempre busca, idealmente, reflejar el pensamiento de la gente. Uno trata de ser la voz de los que no tienen voz, porque la inmensa mayoría no tiene forma de expresarse. Antes, cuando el mundo estaba más ideologizado, obviamente existía una prensa de trinchera”, plantea la periodista Myriam Fernández, quien fue reportera durante 20 años en el diario “Las Últimas Noticias”.

Para el periodista Cristián Bustos¹⁸ (62), que trabajó en “La Segunda” por 34 años, desde el siglo XIX que existen las grandes corporaciones y consorcios periodísticos en todo el mundo, los cuales han influido en las distintas sociedades gracias a los medios de comunicación. “El periodismo doctrinario o de trinchera cumplió labores muy importantes, en el caso chileno, en todo lo que fueron los grandes movimientos obreros del siglo XIX y XX. Estos grupos guiados por Luis Emilio Recabarren produjeron sus propios medios de comunicación, por muy rudimentarios que fueran, para difundir sus ideas y demandas”, describe.

Según Raúl Rojas¹⁹ (77), periodista que ejerció en “La Tercera” durante 27 años, la prensa obrera nació a partir de la angustia social existente a comienzos del siglo XX. “En Chile tuvo su máxima expresión con motivo del auge y caída del salitre. Hizo suyos todos los resentimientos sociales y económicos de los trabajadores. Uno de sus adalides fue Luis Emilio Recabarren, fundador del Movimiento Obrero y del Partido Comunista. La represión no se dejó esperar. Muchos de sus periodistas e impresores fueron encarcelados o amenazados para no continuar. En mi opinión, estuvo más que justificada por las condiciones infrahumanas que soportaban los trabajadores, en esa época productores de la primera riqueza del país”, comenta.

El papel como arma de lucha también fue aprovechado por el movimiento feminista chileno. Dicha corriente, en sus albores, no fue inminentemente obrera, más bien estuvo impulsada por mujeres de la elite criolla. Sin embargo, algunas organizaciones de trabajadoras, como la Asociación de Costureras, fundada en 1906, publicaron varios artículos en los periódicos

¹⁸ Entrevista con la autora.

¹⁹ Entrevista con la autora.

“La Alborada” (Valparaíso) y “La Palanca”, escribiendo sobre demandas como la instrucción y emancipación económica femenina, la lucha contra la violencia hacia la mujer y la “esclavitud” en el trabajo.

“La historia de la prensa en Chile tiene un capítulo particular, el desarrollado por mujeres. Desde fines del siglo XIX vemos la irrupción en la esfera pública de mujeres que producen periódicos y revistas desde un lugar de enunciación específico (...) en un escenario donde la configuración de la esfera pública es jerarquizada y excluyente, y donde el orden social aleja a las mujeres de la práctica ciudadana, se generó una prensa que intervino el espacio público discutiendo y analizando los problemas sociales, desde una óptica propia. Las problemáticas propias del ser femenino definidas por un orden social patriarcal encuentran una válvula de escape a través de la escritura”²⁰, plantea Claudia Montero.

Este período en la historia del periodismo chileno se caracterizó por el pluralismo, la diversidad y expresión de distintas opiniones y estilos. Tampoco fue ajena al surgimiento de la empresa periodística, el mercado noticioso, la innovación tecnológica y la idea de una prensa informativa y objetiva, proveniente de la escuela norteamericana, que marcaría la pauta durante el siglo XX.

Junto con la incorporación de tecnologías que estandarizaron los procesos y productos, aparecieron los primeros periódicos de corte comercial e informativo. Chile avanzaba en el proceso de modernización y esto coincide con el debut de la prensa de masas y la formación de públicos masivos y especializados en diversos gustos e intereses.

Ya en el año 1907 se hace notorio que las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales obligan a diarios y revistas a adoptar un modelo de negocio y empresa. La nueva estrategia es apuntar hacia la masividad, dejando los viejos estandartes de la prensa política para enfocar sus esfuerzos en una lectoría interesada en informaciones generales y diversas. También se agregarán secciones especializadas de policía, deportes, economía, y otras, intercaladas con anuncios comerciales, los que aumentarían su protagonismo paulatinamente en las páginas de los

²⁰ CIRCULO DE PERIODISTAS DE SANTIAGO.2008. Cien años de prensa en Chile, concurso nacional de ensayo en conmemoración de los 100 años del Círculo de Periodistas de Santiago, Santiago de Chile, 2008, pág. 32.

diarios y revistas.

El personaje periodista

Para el historiador Alfonso Valdebenito, autor del libro “Historia del periodismo Chileno”, antes de que apareciera la prensa fundamentalmente informativa, los periodistas, incluso en Chile, fueron esencialmente escritores, literatos e intelectuales. “Hasta esa época no existen periodistas en el sentido estricto que se da hoy a este vocablo. Son, ante todo, escritores que escriben en los periódicos y no profesionales”²¹, plantea.

En la segunda mitad del siglo XIX, irrumpen con todo los nuevos periodistas: “Buscadores de noticias y comentaristas vibrantes del suceso diario, tanto nacional como internacional”, agrega Valdebenito.

Junto con la transición de una prensa de doctrina hacia otra que informara del acontecer diario, maduró también la visión de quienes ejercían el periodismo. Este nuevo redactor es descrito por Ernesto Montenegro como aquel que “va hoy al encuentro de la noticia, la extrae de su escondrijo a fuerza de olfato y en ocasiones confecciona la noticia con retazos sueltos que nada decían al observador ordinario”²².

Y agrega: “El don de percibir la fuente de información allí donde este disimulada o en potencia es la primera facultad del periodista, y la facultad de ponerla en un lenguaje vivido, dramático y apreciable por todos los grados de la inteligencia, su concomitante inmediato”.

La profesionalización del periodismo, junto con una remuneración para el escritor, ocurrió después de que la prensa se organizara en empresas comerciales. Los periodistas de antaño, los de la “Aurora de Chile” y los de la época anterior, realizaron una labor exclusiva de redacción. “Es la época de los escritores que orientan la opinión pública con artículos y polémicas”, puntualiza Valdebenito.

²¹ VALDEBENITO, ALFONSO. Historia del periodismo chileno (1812-1955), Santiago de Chile, 1956, pág. 147.

²² Ídem.

“Los escritores de 1900 no conocían lo que significaba la palabra remuneración. Algunos habrían pagado encima para que les publicaran. Agustín Edwards fue el creador del periodismo con redactores que usaban cuello limpio y se bañaban todos los días. Antes no hubo sino escritores de frac que escribían por snobismo, porque nacieron en la opulencia heredada y simples galeotes que trabajaron como negros y que hicieron una vida tabernaria, oscura y despreciada”²³, plantea el periodista y escritor Raúl Castro, en su libro “Prensa y periodismo en Chile”.

De este modo, se concluye que la profesión de periodista es muy posterior al nacimiento del periodismo. La discusión de la formación profesional y universitaria no era tema de antes de 1907.

“Los que desempeñaron el oficio que aún no era profesión, hasta la década de 1960, o eran gente que no sabía hacer otra cosa, a veces simples copuchentos hábiles para descifrar acontecimientos, o eran meritorios desvalidos de la fortuna que habían dejado sin terminar estudios de leyes y que finalmente habían anclado en una redacción convertidos en entretenidos juglares de escritorio, formados por su propia cuenta, para quienes la bohemia resultaba normal y natural para su condición de casi artistas”²⁴, reflexiona el periodista Enrique Gutiérrez, en el libro “Cien años de prensa en Chile”.

La periodista Myriam Fernández ²⁵(65), alcanzó a trabajar con aquellos que no pasaron por ninguna institución formativa. “Eran señores que llevaban muchos años cuando yo empecé. Realmente tenían vocación, eran dueños de grandes plumas (escribían muy bien) y un talento natural (nadie les había enseñado). Poseían un gran olfato periodístico. Pero, lo negativo es que constituían un círculo más bien cerrado y veían como una amenaza a los periodistas universitarios. Además, estaban acostumbrados a la noche y a la bohemia”, cuenta.

Raúl Rojas coincide con ella. “El vínculo con la bohemia y el consumo de alcohol fue una realidad. Los primeros periodistas universitarios tuvimos que convivir con eso. Incluso, en los

²³ CASTRO S. RAÚL. Prensa y Periodismo en Chile. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1958, pág.130p.

²⁴ CIRCULO DE PERIODISTAS DE SANTIAGO. Cien años de prensa en Chile, concurso nacional de ensayo en conmemoración de los 100 años del Círculo de Periodistas de Santiago, Santiago de Chile, 2008, pág.128.

²⁵ Entrevista con la autora.

primeros años, escuchábamos la consigna: ‘Tienen que aprender a tomar, cabritos. Esta es no es una profesión de monjas’. Las conferencias de prensa tenían éxito mientras más generosos y repetidos fueran sus cócteles. Muchos colegas de la vieja guardia iban a comer a ellas porque los sueldos no eran particularmente generosos”, confiesa.

Según Rojas, con el paso de los años cambiaron el estilo de vida y los tiempos en la sala de redacción, incluidos los plazos de recolección de información, entregas y cierre. La bohemia comenzó a batirse en retirada.

Sin embargo, Cristián Bustos piensa que los periodistas de antaño tenían un componente que es escaso en los jóvenes aspirantes del presente: la pasión por informar. “A pesar de no haber pasado por una Escuela, eran tipos con una capacidad intelectual tremenda. Muchos de ellos eran abogados o médicos. Mi propio padre era abogado pero nunca ejerció, y cuando egresó de la carrera se dedicó al periodismo. Hay grandes periodistas y premios nacionales que no fueron a ninguna Escuela de Periodismo y fueron verdaderos profesionales. Entre ellos, Luis Hernández Parker, Raúl Morales Álvarez o Julio Martínez”, comenta.

“Eran tipos que tenían mucha vocación, no actuaban por el comunicado de prensa sino que por la pasión. Cuando “El Mercurio” estaba en calle Compañía salíamos grupos de periodistas a tomarnos un café al Haití que está en Bandera y allí nos contaban sus hazañas”, recuerda Mónica Rodríguez.

Periodismo profesional

En el Chile de los años cincuenta, el contexto político era agitado y tenso. Gabriel González Videla envió al exilio al Partido Comunista, su aliado en las elecciones que lo llevaron a gobernar el país. Los periodistas tampoco estuvieron ajenos a este clima de efervescencia social y agrupados, dieron la pelea por dos aspiraciones: crear el Colegio de la orden, para reglamentar la profesión, y fundar una escuela de periodismo que otorgara rango universitario y profesional al oficio.

En diciembre de 1952 los ojos del periodismo internacional se posan en Chile: Santiago es la sede del Primer Congreso Mundial de Periodistas. Llegan al país connotados cronistas y escritores de Latinoamérica, Estados Unidos, Europa, e incluso Asia y África, para participar de esta histórica reunión que, sin embargo, se realizaba en un país donde el periodismo era un oficio que aún no se profesionalizaba.

La idea de crear una escuela universitaria que formara periodistas no estuvo exenta de polémicas entre los trabajadores de la prensa. “Muchos profesionales consideran una atrocidad que el periodismo pueda enseñarse. Lo que determina a un buen periodista son las condiciones naturales del individuo, su estilo y ‘olfato periodístico’²⁶, cuenta la periodista Doris Jiménez, en el libro “Morir es la Noticia”.

Pese a la controversia, el Círculo de Periodistas de Santiago, presidido por Juan Emilio Pacull, consiguió el apoyo de Juvenal Hernández, rector de la Universidad de Chile, y el apoyo económico (cuatro millones de pesos de la época) otorgados por la Comisión de Legislación y Justicia de la Cámara de Diputados, para concretar la fundación de la primera escuela de periodismo del país.

Este anhelo del gremio se concretó hace 63 años, con la fundación de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, el 20 de abril de 1953, como parte de la Facultad de Filosofía y Educación. Habían pasado 45 años desde que se creara en Missouri, Estados Unidos, la primera escuela de periodismo del mundo. En 1934 esto se repitió en la ciudad argentina de La Plata. Luego fue el turno de Brasil, México, Cuba, Ecuador, Venezuela y Guatemala.

En un local provisional de San Antonio 263, en Santiago, llegaron a estudiar sus primeros cuarenta alumnos (25 hombres y 15 mujeres). El rector Juvenal Hernández dijo en dicha ocasión que “el periodismo es el agente cultural, económico y social del país. Por esta razón me propuse crear esta escuela de profesionales veraces, inteligentes y sin prejuicios de ninguna clase. Debía darse en ella una preparación responsable, científica, política, social y psicológica”²⁷.

En 1956, los aprendices y novatos del periodismo se cambiaron de casa, a unas nuevas

²⁶ CARMONA ERNESTO Y 62 AUTORES, “Morir es la Noticia”, Santiago de Chile, pág. 35.

²⁷ CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. Morir es la noticia, Santiago de Chile, 1997, pág. 16.

instalaciones construidas exclusivamente para la Escuela de Periodismo, en la calle Los Aromos, en la comuna de Ñuñoa.

En 1957, el Círculo de Periodistas acepta como socios cooperadores a los alumnos de periodismo, permitiéndoles hacer uso de algunos de los servicios sin pagar cuotas. La idea era que los estudiantes se vincularan con las organizaciones de la profesión.

Luego de la creación de la Escuela de Periodismo, tres años más tarde, en 1956, se creó el Colegio de Periodistas de Chile, con el objetivo de regular la profesión. La directiva fue conformada por Juan Emilio Pacull, presidente; Álex Varela, secretario general; Ramón Cortez, Jenaro Medina, Francisco Neira, Enrique Pascal, Raúl Gallardo, Nicolás Velasco y Juan Honorato, consejeros. Después de Pacull otros importantes periodistas dirigieron el Colegio, tales como René Silva Espejo, Enrique Sweet, Emilio Filippi, Juan Campbell y Alfredo Olivares.

“Tanto el Colegio como el Círculo auspician foros en los que participan alumnos y periodistas colegiados. El 13 de octubre de 1959, se inicia -con el apoyo de todos los medios- la Semana Periodística. La actividad central es la ‘mesa redonda’ en que los viejos periodistas, junto a la nueva generación, debaten los métodos de enseñanza y el futuro de la profesión. El baile y la elección de la reina clausuran estos siete días de fiesta del periodismo nacional”, describe Jiménez²⁸.

Paralelo al Colegio siguió funcionando el Círculo de Periodistas de Santiago, heredero del antiguo “Círculo de Periodistas y Artistas” de la calle Arturo Prat. Gracias a las gestiones de la directiva, el gremio obtuvo el edificio de Amunátegui 31 como sede para los colegiados. Luego, la agrupación continuó con la tarea de impulsar las leyes del Colegio y de la Escuela. Allí se albergaron las sedes de los consejos Nacional y Metropolitano del Colegio de Periodistas, la Unión de Reporteros Gráficos y Camarógrafos, la Asociación de Periodistas Jubilados y otras asociaciones gremiales y mutuales de reporteros. Incluso contaban con las dependencias del teatro Camilo Henríquez, servicio médico, de bienestar, biblioteca y peluquería, y en el subterráneo, “La Taberna”, donde los redactores terminaban el día tras las extensas jornadas de

²⁸ Ídem, 37 p.

trabajo.

Myriam Fernández tenía 19 años cuando ingresó a estudiar a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Su elección por la carrera fue una casualidad. “Tenía más mala imagen que buena de los periodistas porque en ese tiempo eran bohemios. No eran considerados profesionales y eran muy al lote. Además ganaban muy poco, entonces no era una carrera muy atractiva”, cuenta.

Para Raúl Rojas, la profesionalización y formación universitaria fue lo mejor que le pudo pasar al periodismo. “En la segunda mitad del siglo XX resultó imperiosa. La primera Escuela de Periodismo fue la de la “U”, en 1953. En ella enseñaron grandes profesionales, todos autodidactas, que generosamente entregaron sus conocimientos. Perteneczo a la generación que egresó en 1962. Es decir, a una de las primeras”, dice orgulloso.

“Los viejos periodistas anhelaron por mucho tiempo que el oficio pasara a ser una profesión. Cuando yo egresé de periodismo, para poder titularme tenía que pertenecer al Colegio. Lo primero que hacías al egresar era ir para que te dieran un carné con el podías hacer la práctica, la tesis y toda la cosa. Era otro el sistema. La profesionalización nos dotó de estatus pero eso no duró mucho tiempo; cuando llegó Pinochet abolió todos los colegios profesionales, hasta ahí no más llegamos”, reflexiona Mónica Rodríguez.

“El Círculo cumplía un rol de bienestar social y el Colegio se encargaba de los asuntos gremiales. Los antiguos periodistas nos seguimos reuniendo en el edificio del Círculo. También, en la villa de veraneo en El Tabo, que sirve como una instancia de comunicación con los colegas de todos los medios, que van con sus familias y se comparte con todos”, cuenta Mónica Rodríguez.

El periodista José Gai²⁹ va al menos una vez al año a las cabañas de la villa Camilo Henríquez, en El Tabo, Quinta Región. “Me quedo un par de meses y me a encierro a trabajar, a escribir principalmente. Creo que el Círculo, pese a que cada vez se queda con menos socios,

²⁹ Entrevista con la autora.

tiene un rol más visible que el propio Colegio de Periodistas. Puede ser por los beneficios que entrega. De todos modos, hace un buen trabajo con los pocos recursos que maneja”, comenta.

Según opina Myriam Fernández, tanto el Círculo como el Colegio no son agrupaciones que tengan hoy mayor injerencia en el gremio. “En los años setenta creo que sí tenían alguna importancia y castigaban a los colegas que se salían de madre, o emitían opiniones como gremio pero eso fue antes. No han vuelto a tener la relevancia que tuvieron en algún momento”.

La opinión de Raúl Rojas sobre el Círculo de Periodistas es entre crítica y neutra. “Durante muchos años, su labor ha sido más bien social: cabañas de veraneo, servicios médicos, atención dental y otros beneficios. También ha sido muy conocido por su taberna. En los últimos años, ha intentado incursionar más en lo cultural. Pero los resultados no han sido espectaculares”, dice.

Sobre el Colegio de Periodistas, Rojas cree que se convirtió más en una organización política y que descuidó la defensa de las grandes causas profesionales. “Disfrutó y ejerció el poder cuando la colegiatura era obligatoria. De vez en cuando, como lo hace hasta hoy, emite declaraciones sobre temas de actualidad. Pero no va más allá. La defensa de sus asociados ha sido pobre. El quehacer político, intenso. La mejor demostración es cómo los distintos partidos disputan encarnizadamente los cargos directivos”, asegura.

Mónica Rodríguez fue dirigente del Colegio de Periodistas durante 10 años. Dice que lo más complejo es el esfuerzo que hacen sus integrantes para impedir que la institución no desaparezca. “Es difícil porque todo el esquema de la sociedad chilena cambió después de la dictadura; el germen del egoísmo y del individualismo caló hondo. Es una lucha diaria para financiar el Colegio y que no muera”, comenta.

El salto modernizador

Chile, así como el resto del mundo, tuvo un agitado comienzo de siglo XX. La conducción en el gobierno de la clase política y la aristocracia terrateniente hartó a los sectores menos acomodados. Junto con la expansión de las ciudades y la migración de la población rural

hacia la urbe, se amplió el aparato educacional y con eso se redujo la tasa de analfabetismo.

Es así como la prensa fue testigo del centenario de Chile, y también de lo que ocurrió en el resto del mundo; la recesión de 1929, dos guerras mundiales, la Guerra Fría, la Revolución Cubana, y la Guerra de Vietnam, entre otros acontecimientos.

El periodista Enrique Gutiérrez, en su ensayo titulado “100 años de las ciencias y las artes de reportear en Chile”, plantea que en el primer siglo de periodismo en Chile se evolucionó desde la enseñanza a lo bruto, en las redacciones, donde la regla era que la letra con sangre entra e imperaba el método docente del hombre de las cavernas, hasta las escuelas que muchas veces cobran una mensualidad mayor al sueldo inicial de los noveles reporteros, sin que por ello aseguren niveles de excelencia pedagógica”³⁰.

En la década de los sesenta, el periodismo da un salto hacia otros formatos, cuando irrumpe la televisión bajo la supervisión de las universidades, con el objetivo de difundir cultura y conocimiento a la población. La radio venía haciendo lo suyo desde los años treinta. Y el cine, a su modo, ya conseguía llegar a las masas desde principio de siglo.

Desde Estados Unidos, penetra en las salas de redacción la teoría de la “objetividad”, la que se desarrollará, paralelamente, en conjunto con la teoría “persuasiva”, que se transformará en los fundamentos de la publicidad, las relaciones públicas y el marketing.

“Lo que buscan los diarios, según la teoría de la objetividad, es relatar ‘hechos’ absteniéndose de explicar sus propias ideas, creándose la distinción entre el ‘género informativo’ propio de la descripción de los hechos, del género interpretativo y de opinión donde se ponderan las conductas y se expresan las ideas que se tiene sobre un proceso o suceso. Pulitzer hará famosa la frase: ‘Los hechos son sagrados, las opiniones son diversas’, como si los hechos no fueran seleccionados y hablaran y significaran por sí mismos”³¹, dice el periodista Héctor Alfonso Vera.

³⁰ CIRCULO DE PERIODISTAS DE SANTIAGO.2008. Cien años de prensa en Chile, concurso nacional de ensayo en conmemoración de los 100 años del Círculo de Periodistas de Santiago. Santiago, Salesianos Impresores S.A. 126p.

³¹ Ídem, 89p.

Severo Samaniego, investigador y docente del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, plantea que “desde la teoría de la historia, la categoría de ‘objetividad’ resulta ser una errónea simplificación. Aún en la investigación más acuciosa el historiador interviene los hechos seleccionando la información. Tanto los actores de los hechos históricos, en el pasado, como el historiador, desde el presente, requieren ser comprendidos interpretados”³².

Para Cristián Bustos, el concepto de objetividad en el periodismo “es como el bien o la felicidad, son abstracciones, pero si eso lo llevas a la práctica está condicionado por muchas cosas, incluso la propia mirada que el periodista les da a los hechos que está cubriendo para enfrentar un reportaje o una entrevista”, dice.

Myriam Fernández reconoce ser una periodista que defiende la bandera de la objetividad. “Creo que en nuestra profesión hay que ser veraz y objetivo. No opinar, a menos que te lo pidan expresamente. No ser sesgado, la imparcialidad es una cosa muy valorada, porque al perder objetividad pierdes el respeto del lector”, dice la profesional.

Fernández, quien hizo muchas amistades con funcionarios públicos de derecha, sector que cubrió durante años, defiende la idea de que mientras más opina el periodista, menos es respetado por el lector. “Si bien un grupo puede estar de acuerdo contigo, el otro te llenará de barro. Hay que ser neutral a las dos partes, que este ni el otro se enojen. Si yo escucho al que dice blanco, también escucho al que dice negro”, comenta.

María Teresa Larraín cree que es difícil ser objetiva tanto en el periodismo como en la vida en general. “Para llegar a la noticia tú tienes que tener un grado de sensibilidad y de sensualidad. Una empatía con lo que estás haciendo, ponerte en el lugar de los otros. Eso significa dejar la objetividad de lado”, asegura.

Raúl Rojas tampoco cree en la objetividad. “El chileno se politizó. Sus posiciones se hicieron más radicales. La formación académica también. Existen o existían escuelas donde

³² Ídem, 39p.

académicos enseñaban sin pudor el periodismo de trinchera, o donde los mismos medios están identificados con determinadas corrientes y personajes del acontecer político y económico. Lo que sí existen son intentos por ser objetivo. Pero cada vez son más débiles. No por ello deben quedar de lado. El deber de un periodista es ser testigo de una noticia, investigar sobre ella, presentarla en forma equilibrada y no tratar influir sobre el lector, y menos engañarlo”, comenta.

De todas formas, el aire renovador y profesional que permeó la escena del periodismo nacional impulsó a que las personas vieran este oficio como una oportunidad laboral. Con esto, comenzaron a desaparecer los políticos, filósofos y abogados en el proceso productivo central de los diarios y fueron reemplazados por profesionales que se preparaban en la universidad para ejercer como periodistas.

El proceso modernizador está simbolizado, según varios historiadores, por la fundación de “El Mercurio” de Santiago, el 1 de junio de 1900, y la desaparición de “El Ferrocarril”, en 1911. Paralelo a esto se desarrolla la prensa obrera, que se abandera como la voz y representante del sentir de los trabajadores y la clase popular, y una alternativa a la influencia de la prensa “burguesa”.

Hubo figuras relevantes en el surgimiento del periodismo moderno. Por ejemplo, la de Agustín Edwards Mac-Clure, quien en menos de una década armó un consorcio periodístico constituido por las empresas El Mercurio y Zig-Zag. Asimismo, sobresalen la familia Helfmann, que a través de la Sociedad Imprenta y Litografía Universo S.A. renovó la impresión y destacó en la fundación de revistas; el político liberal Eliodoro Yáñez, en la fundación del diario “La Nación”, y Ricardo Salas Edwards, quien a través de la creación de “El Diario Ilustrado” introdujo el fotograbado, lo que provocó una renovación tecnológica en el periodismo de principios del siglo XX.

No obstante, este proceso renovador de la prensa chilena fue complejo y tuvo aciertos y desaciertos; los rediseños y nuevas exigencias de la empresa periodística dejaron a muchos periódicos en el camino. Entre los más significativos que desaparecieron se encuentra “La Ley” (1894-1910), “La Tarde” (1897-1903) y “El Ferrocarril” (1855-1911).

"Con el aumento brusco de la población en las grandes ciudades, la vida se complicaba en forma peligrosa. El comercio exigía diarios de propaganda que favorecieran el intercambio de productos, y para ello era necesario que la hoja informativa penetrara a hogares de los más opuestos credos. ¡Aumentar el tiraje! ¡Contratar avisos! He ahí la orden del nuevo periodismo. Sin una vasta circulación, un diario no podía exigir avisos a precios remunerativos. Por otra parte, para obtener tiraje crecido era necesario saber interesar a un público heterogéneo y subdividido hasta el infinito. Un periodista moderno debía preguntarse antes que nada: ¿Cuál es mi público? ¿Qué lectura debo ofrecerle? Y como respuesta, debía distribuir su atención en un extenso círculo de lectores (...) El periodismo de 1900 comprendió el problema en casi la totalidad de su extensión"³³, describe el escritor Fernando Santiván.

En esa época aparecieron en escena nuevos diarios: un renovado "El Mercurio" de Valparaíso, "El Mercurio" de Santiago, "El Diario Ilustrado", "Las Últimas Noticias (de El Mercurio)", "La Nación", "La Estrella de Valparaíso" y "El Mercurio" de Antofagasta. Asimismo, surgieron nuevas revistas especializadas en una variedad de temas como el arte, la familia, el deporte y el espectáculo, entre las que destacan publicaciones como "Sucesos", "Zig-Zag", "Familia", "Pacífico" "Magazine", "El Peneca", "Selecta", "Corre Vuela" y "Los Sports".

"A lo largo de la primera década del siglo veinte se vive un cuadro complejo en la prensa nacional, cuestión que da cuenta del profundo proceso de reconfiguración del propio campo, por la irrupción, no sin contradicciones, de un modelo de prensa más acorde con los patrones universales que la modernización liberal estaba imponiendo y que estaban rearticulando también la cultura y vida cotidiana de la sociedad chilena"³⁴, plantea el periodista Eduardo Santa Cruz.

De esta forma, la primera década del siglo XX fue un periodo de transición de la prensa chilena, desde un periodismo de la vieja escuela, no profesional y doctrinario, hacia un tipo de prensa moderna, profesional e informativa. Tal como plantea el periodista Héctor Vera, la prensa vive "transformaciones profundas" mientras evoluciona la manera de hacer política en el mundo.

³³ SANTIVÁN, FERNANDO. Obras escogidas, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1965, pág. 547.

³⁴ SANTA CRUZ A. EDUARDO. 2013. El campo periodístico en Chile a comienzos del siglo XX. Revista Comunicación y Medios (14): 17-29.

“El analista Santa María ve un desplazamiento del campo doctrinario-partidista, donde los diarios se dirigen al ciudadano, para que lenta pero firmemente pasen a orientarse hacia los consumidores; es un proceso de escala mundial que se verificaba en todos los países occidentales y que coincide con la nueva estrategia de representación que desarrolla el capitalismo moderno hasta nuestros días. En el modelo doctrinario anterior predominaba el proselitismo de captar adherentes y partidarios y en el periodismo ‘moderno’-sin necesariamente renunciar al espíritu proselitista- el afán de lucro y de ganar lectores”³⁵, dice Héctor Vera.

³⁵ CIRCULO DE PERIODISTAS DE SANTIAGO. Cien años de prensa en Chile, concurso nacional de ensayo en conmemoración de los 100 años del Círculo de Periodistas de Santiago, Santiago de Chile, 2008, pág. 83.

CAPÍTULO II: LA PRENSA DURANTE EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

La década del 60 estuvo marcada por la Guerra Fría y, aunque este fue un conflicto por la hegemonía mundial entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la mayoría de los países del mundo se involucraron directa o indirectamente en la disputa.

Mientras, en las salas de redacción de los diarios chilenos se instalaba el concepto de periodismo moderno y la teoría de la escuela norteamericana. “Llenan sus páginas con crónica roja, política, espectáculos e hípica. Los periodistas de turno, luego de revisar la tipografía en las ‘ramas’, salen de madrugada con el ejemplar bajo el brazo, como pancito caliente, mientras las camionetas repartidoras tiran los fajos de periódicos en las esquinas de la ciudad. Los tirajes son cortos; la fantástica velocidad de las rotativas no corresponde a la cantidad de lectores”³⁶, describe la periodista Maura Brescia de Val en el libro “Morir es la Noticia”.

Surgen agrupaciones gremiales en el periodismo chileno, como los reporteros policiales, los de La Moneda (La Copucha), los de Economía (La Ruca) y la Unión de Reporteros Gráficos. “Es un periodo de transición, en el que los viejos periodistas estudian con desconfianza el desempeño de las primeras promociones de las escuelas de periodismo de la Universidad de Chile, de la Universidad de Concepción y de la Universidad Católica de Santiago”³⁷, agrega.

Los periodistas profesionales egresados comienzan a trabajar en la prensa, radio, televisión y revistas, mientras otros ejercen en el campo de las relaciones públicas, docencia, asesorías, fotografía, medios audiovisuales, literatura y publicidad, aprovechando la diversidad de campos que ofrece el ejercicio de la comunicación.

En tanto, en Estados Unidos, por primera vez llega un católico a dirigir la Casa Blanca: John F. Kennedy. La Alianza para el Progreso es la estrategia del país del norte para conseguir el

³⁶ CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. Morir es la noticia. Santiago, Santiago de Chile, 1997, pág. 16.

³⁷ Ídem, 19 p.

apoyo de los países latinos en la Guerra Fría; innovaciones políticas y sociales, propone este plan para los países “subdesarrollados” del sur. Sin embargo, esos esfuerzos no pudieron detener la revolución social que estalló en Cuba la noche del año nuevo de 1959. Las noticias sobre Fidel Castro se expanden por todo el continente.

Un cúmulo de procesos sociales, políticos y económicos comienza a estallar en el continente. Los vecinos cercanos y más lejanos de América Latina ven en Cuba una alternativa diferente y un triunfo real conseguido por las masas populares. En este escenario se instalan en las capitales del territorio agencias noticiosas internacionales como Associated Press (AP), United Press International (UPI), Reuters y Agence France Presse (AFP), entre otras.

“Y América Latina, para Estados Unidos, es su patio trasero. Un patio que debe proveerlo de buenas cosechas -materias primas y negocios- y que también sirve para acumular la basura. Un patio rodeado de alambrada eléctrica para espantar a los extraños. En ese contexto, la revolución cubana y su pronta alianza con la Unión Soviética provocó una fuerte reacción de parte de Estados Unidos, la que perdura hasta hoy”³⁸, dice la periodista Patricia Verdugo, en su libro “Allende, cómo la Casa Blanca provocó su muerte”.

La contraofensiva de Estados Unidos no se hizo esperar. En abril de 1961, el presidente Kennedy respalda la “invasión de Bahía Cochinos” con 1.500 cubanos anticastristas entrenados por la CIA, operación que fracasó luego de tres días de combates. Al mismo tiempo, la Unión Soviética levanta un muro de cuatro metros de altura y 43 kilómetros de extensión, que dividió a Alemania casi por tres décadas. Un año después, en 1962, un avión norteamericano de espionaje avista la construcción de una base de misiles soviéticos en Cuba, lo que provocó la llamada “Crisis de los Misiles”.

En ese contexto, América Latina estaba incomodando mucho a Estados Unidos, por lo que el país del norte reforzó sus equipos de espionaje y de análisis de inteligencia, con el propósito de que la semilla de la Revolución Cubana no se esparciera por el resto del continente. Así, en su afán de amainar las problemáticas sociales que pudieran dar pie a focos de

³⁸ VERDUGO, PATRICIA. Allende, cómo la Casa Blanca provocó su muerte, Catalonia, 2008, Santiago de Chile, pág. 25p.

revoluciones marxistas, el gobierno norteamericano propició la Reforma Agraria en los países de la región.

La guerra sucia de la CIA en Chile

En 1964, Chile tuvo elecciones presidenciales. El médico, ex ministro y senador socialista Salvador Allende Gossens se presentaba por tercera vez, anunciando una “revolución” para el pueblo chileno. Su competencia más directa, el candidato demócratacristiano Eduardo Frei Montalva, también prometió una “revolución” pero en “libertad”.

“La propuesta de Allende de vivir un cambio social en condiciones pacíficas, con vino tinto y empanada como decía él, era seductora. No se trataba de la vía armada como ocurría en otros países, por ejemplo, Cuba”, comenta el periodista Cristián Bustos.

Para José Gai, uno de los temas fundamentales del programa de gobierno del candidato Allende era la justicia social. “El contrincante escogido para frenarlo fue Frei, un demócratacristiano que para algunos copiaba estas ideas y para otros mantenía la línea que difundían las encíclicas sociales del papado. En una elección complementaria arrasó el candidato socialista, lo que produjo un cambio brusco en las candidaturas presidenciales que ya estaban definidas. La derecha dejó botado a su candidato, que era Julio Durán, y apoyó a regañadientes a Eduardo Frei, quien finalmente triunfó”, precisa.

Ese mismo año, Estados Unidos a través de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) puso en marcha su máquina de intervención política en Chile. ¿El objetivo? Impedir un futuro triunfo de Salvador Allende, quien continuaría su carrera presidencial. Así lo comprueba, un memorando *top secret* enviado por el Secretario de Estado Dean Rusk a la Casa Blanca, el 14 de agosto de 1964: “Estamos haciendo nuestro mayor esfuerzo encubierto para reducir la chance de que Chile sea el primer país americano en elegir como presidente a un marxista declarado”³⁹, dice el documento, uno de los más de 17.000 archivos desclasificados por la CIA en 1999 por orden del presidente Bill Clinton.

³⁹ VERDUGO, PATRICIA. Allende, cómo la Casa Blanca provocó su muerte, Catalonia, Santiago de Chile, 2008, pág. 27.

Según la periodista Patricia Verdugo, para la tercera semana de junio de 1964 el grupo de propaganda de la CIA producía veinte spots radiales por día tanto para radios de Santiago como para 44 de provincias. “Y ponía al aire cinco veces al día programas noticiosos -de doce minutos de duración- en tres radios de Santiago y 24 de provincias. En la nómina de pago de la CIA había 26 comentaristas políticos. Todo está detallado en el informe de la Comisión Church”⁴⁰, puntualiza.

A fines de la década de los sesenta, los jóvenes chilenos juegan un papel clave en el ambiente político-social. En la Universidad de Concepción el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario) recluta para sus filas a estudiantes que se identifican con su discurso revolucionario y armado. En Santiago, en la Universidad Católica, en 1967 la toma de los alumnos exige reformas democráticas en la casa de estudios. Esta movilización es recordada por una acción simbólica de los universitarios, cuando colgaron en el frontis de la casa central un lienzo que decía “El Mercurio miente”.

Con la llegada de los 70, el agitado clima político, social y económico del país también permea al periodismo, que se torna doctrinario y confrontacional, similar a sus orígenes a finales del siglo XIX. En 1969 se funda Televisión Nacional de Chile, surgen las revistas “Puro Chile”, dirigida por José Gómez López, “PEC” y “Sepa”, de Marcos Chamúdez y Rafael Otero, respectivamente; y “Punto Final”, con Manuel Cabieses como su director.

Las columnas de opinión en los diarios y periódicos alcanzan un protagonismo y relevancia inusitados. En “Clarín”, las de Volpone (Darío Saint Marie) y Augusto Olivares; en “Las Noticias de Última Hora”, las de Juan de Luigi y Topón de Siete (Avelino Urzúa), entre muchos otros.

Por otro lado, “el desarrollo tecnológico de la época impacta al periodismo: de la linotipia se pasa al offset y a las rotativas de gran rapidez de impresión. El transistor reemplaza a la radio

⁴⁰ Ídem, 31p.

galena, la grabadora a la taquigrafía, el videotape al celuloide, el televisor al cine...”⁴¹, dice la periodista Brescia de Val.

Myriam Fernández afirma que durante este período la mayoría de la prensa practicaba un estilo y lenguaje agresivos. “No era libertad de expresión, sino libertinaje. Había una falta de respeto absoluta hacia todo. Tanto de los diarios de extrema derecha como los de izquierda. Yo era cabra chica pero me acuerdo que, por ejemplo, el ex presidente Jorge Alessandri era apodado como “La Señora”, porque era soltero. Si uno se pone a buscar los archivos de ‘El Clarín’ se da cuenta de que era grosero. Se iban al chancho”, comenta.

Ya en los setenta, la intervención de la CIA no sólo alcanza a partidos políticos como el Demócrata Cristiano o Radical, también a grupos de ultraderecha como Patria y Libertad. También influye en la esfera de la prensa nacional. Así lo indica el informe de la Comisión Church -con testimonios y documentos a la vista-, que resumió muy claramente lo que sucedió en la campaña electoral de 1970.

En este documento se comprueba que la CIA trabajó con todos los medios de comunicación posibles y que subsidió a grupos femeninos y a “frentes cívicos” de derecha. También detalla la campaña de propaganda, que buscó generar tensión entre las dos facciones del Partido Radical, donde había un grupo moderado y otro exaltado.

“El informe Church aseguró: otros colaboradores, todos empleados de “El Mercurio”, permitieron que la oficina local generara más de una editorial al día basada en orientaciones de la CIA. El acceso a “El Mercurio” tenía efecto multiplicador: sus editoriales eran leídos en todo el país a través de varias cadenas radiales. Más aún: “El Mercurio” era uno de los diarios más influyentes de Latinoamérica, en particular en círculos de negocios del extranjero. Una operación que colocó notas en la prensa y radio, reportó en 1970 una audiencia de bastante más de cinco millones de personas”⁴², describe la periodista Patricia Verdugo.

⁴¹ Ídem, 20p.

⁴² VERDUGO, PATRICIA. Allende, cómo la Casa Blanca provocó su muerte, Catalonia, Santiago de Chile, 2008, pág. 50.

Preámbulo de un golpe

La noche del 4 de septiembre de 1970, en Santiago, el Presidente Salvador Allende dirige su discurso ante miles de partidarios que festejan su triunfo en las urnas, desde el balcón del edificio de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (Fech). Se había convertido en el Primer Mandatario socialista en el mundo en ser elegido democráticamente mediante la vía pacífica. Este acontecimiento acaparó la atención de los medios de comunicación de todo el mundo.

Raúl Rojas tenía 31 años cuando Allende llegó a La Moneda. Recuerda que ese día las familias de clase media y alta se replegaron a sus casas, casi como temiendo saqueos. “Los sectores populares salieron alborozados a las calles y festejaron hasta la mañana del 5 de septiembre de 1970. Luego, con el avance de las horas, grupos amenazantes se apoderaron de la vía pública, los microbuses y hasta de depósitos de agua, para demostrar su poder. Otras personas celebraron reuniones de emergencia. Muchos empresarios y profesionales anunciaron que se marcharían del país”, cuenta.

Debido a que el triunfo de Allende había sido muy estrecho, pasaron siete semanas hasta que, el 24 de octubre, el Congreso Pleno lo ratificó como Presidente de la República, según lo establecía la Constitución para estos casos. Días antes de que fuera proclamado, es asesinado el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider. “Cientos de corresponsales invadieron Santiago y se instalaron preferentemente en el Hotel Carrera e informan *urbi et orbe*. La prensa nacional acentúa su polarización, que refleja el agitado ambiente ciudadano. Meses más tarde, el Partido Nacional saca a circulación “Tribuna”, tabloide de estilo sensacionalista y agresivo”⁴³, relata Brescia de Val, en “Morir es la Noticia”.

“El mismo día que Allende sale electo el presidente Richard Nixon y Kissinger comienzan a planificar su caída. Pagaron a medios de comunicación, también a Agustín Edwards. La Democracia Cristiana de repente contaba con tantos recursos y ayuda. Incluso, imprimen el

⁴³ CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. Morir es la noticia, Santiago de Chile, 1997, pág. 20.

diario 'La Prensa',” comenta María Teresa Larraín.

En abril de 1971 se realiza en Chile una Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda, cuyo debate se enfoca en la contradicción de los periodistas de abanderarse con el proyecto de la Unidad Popular, y al mismo tiempo, trabajar en medios tradicionales con un concepto comercial y político del servicio público de la información.

“El gobierno de la Unidad Popular marca un antes y un después en lo que han sido las grandes aspiraciones del movimiento social chileno. En esa época el país tenía varios récords desde el punto de vista de la monopolización de la economía o las relaciones de capital-trabajo en el campo, las que eran prácticamente medievales”, acota Cristián Bustos.

A mediados de 1971 el Presidente Allende ya había aplicado dos importantes medidas de su programa de gobierno: la nacionalización del cobre y la profundización de la Reforma Agraria. También se habían multiplicado los sindicatos y los asentamientos campesinos.

Transcurren dos años de fuerte tensión entre los distintos actores políticos del país. La crisis social se agudiza en junio de 1972: se quiebran las relaciones entre el gobierno de la Unidad Popular y el Partido Demócrata Cristiano. A eso se suma el rechazo de los gremios de médicos, comerciantes, camioneros y mineros de El Teniente. Incluso se ven divisiones al interior de la misma coalición de la Unidad Popular: sectores como el MIR y el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) quieren acelerar y profundizar el proceso revolucionario, mientras que el Partido Comunista (PC), Partido Radical (PR), Movimiento de Acción Popular Unitario-Obrero Campesino (MAPU-OC) pretenden consolidarlo con cautela y enmarcados en la institucionalidad democrática.

“Había partidos al interior de la UP que eran cabezas calientes. Estaba, por ejemplo, el Partido Socialista, el MIR, entre otros. Los más radicales amenazaban con utilizar las armas o el fuego. Eso puso en alerta a la oposición y a los militares”, describe María Teresa Larraín.

Y agrega que “Allende era un demócrata de principio a fin, que fue presionado por varios

sectores y se vio acorralado. Los cabezas calientes exageraron y eso le jugó en contra. Por ejemplo, había grupos que entraban y se tomaban las casas de verano desocupadas. Su justificación era que necesitaban un techo”.

“Las calles de Santiago exhiben restos humeantes de barricadas, vidrios destrozados, desperdicios y piedras lanzadas en una batalla que simboliza la honda división entre chilenos. La polarización de la prensa nacional convierte a la información en trinchera ideológica y descalificación, con el libelo y la injuria como estilo. Los órganos que apoyan al Gobierno, “Las Noticias de Última Hora”, “El Siglo”, “Punto Final”, “El Clarín”, “Puro Chile”, “El Rebelde” y “Chile Hoy”, polemizan con los medios opositores que los peyorizan llamándolos ‘la prensa comprometida’⁴⁴, cuenta Maura Brescia de Val, en el libro “Morir es la Noticia”.

El ambiente se torna cada vez más tenso. El 29 de junio de 1973 ocurre el “tanquetazo”, episodio en que el Batallón Blindado saca los tanques a la calle y los dirige hasta La Moneda, en medio de amenazas y balaceras. La intervención del comandante en jefe, general Carlos Prats, y del general Augusto Pinochet, jefe del Estado Mayor, logran abortar la rebelión. La directiva del ultraderechista Movimiento Patria y Libertad confesó la autoría del motín. Sus dirigentes Pablo Rodríguez, John Schaeffer, Benjamín Matte, Manuel Fuentes y Juan Hurtado se asilan en la embajada de Ecuador. Ante la fallida sublevación, la estación local de la CIA informa a la central en Virginia, que a su vez copia el mensaje a Henry Kissinger, asesor de seguridad nacional del presidente estadounidense Richard Nixon. “El intento de golpe fue un esfuerzo aislado y mal coordinado”, le escribe Kissinger al presidente Nixon, en un “informe de situación”.

El tránsito hacia el socialismo en democracia liderado por el Presidente Allende y el gobierno de la Unidad Popular contemplaba la construcción de un Estado Popular y una economía planificada, de corte estatal. Esto fue visto como una amenaza para la elite económica y empresarial. Tal y como fue planeado por la CIA en sus “informes de situación”, la “guerra psicológica” se había desatado en la sociedad chilena.

“El sabotaje económico, el desabastecimiento deliberado por los productores y un virtual

⁴⁴ CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. Morir es la noticia, Santiago de Chile, 1997, pág. 33.

bloqueo financiero internacional, acompañaron una renovada campaña publicitaria ahora perfectamente planificada y provista de abundantes dólares. Los temas en ese campo fueron, entre otros, entregar al público la sensación de desgobierno, descrédito de las autoridades (en primer término, del Presidente), fomento de la violencia, difusión de inexistentes amenazas a los poderes legislativo y judicial y, la mentira mayor, una carencia de libertad de prensa en Chile”⁴⁵, cuenta el periodista Hernán Uribe, en “Morir es la noticia”.

El informe “Covert Action in Chile” (Acciones encubiertas en Chile), del comité presidido por Frank Church e integrado por otros diez senadores norteamericanos, señala explícitamente que la CIA sobornó a ejecutivos de “El Mercurio”; que fundó publicaciones como el diario “Tribuna”, la revista “Sepa”, entre otras “y que en los hechos infiltró a lo menos a la mitad del mundo periodístico entre 1970-73”⁴⁶, según señala Uribe.

En dicha investigación, publicada en 1975, destacan las pruebas de que la CIA financió en al menos tres millones de dólares (del año 64) la campaña presidencial del demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva, sin que él tuviera conocimiento de esto. Dicho presupuesto se gastó, entre otras cosas, en una fuerte propaganda comunicacional.

La intervención de la CIA no fue sólo en la política nacional, sino que también en el periodismo, lo que es ratificado por el Informe Church, que detalla la acción del organismo americano entre los años 1970-1973⁴⁷:

-“Incluía un grupo de apoyo periodístico que suministraba artículos sobre política, editoriales y noticias para colocar en la prensa y en la radio”.

-“Otro de los proyectos proporcionaba fondos para fichas (nombre eufemístico de agentes) individuales en la prensa”.

-“Otras fichas, empleados todos de “El Mercurio”, permitían que la estación CIA publicara más

⁴⁵ CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. Morir es la noticia, Santiago de Chile, 1997, pág. 27.

⁴⁶ Ídem.

⁴⁷ Ídem.

de una editorial al día basado en sus orientaciones”.

-“La campaña de propaganda tenía varios componentes. Las predicciones del colapso económico con Allende eran reproducidas por periódicos europeos y latinoamericanos en artículos originales de la CIA”.

- “El Mercurio” fue uno de los principales canales de propaganda en 1970-73, como lo había sido en las elecciones de 1970 y en el periodo anterior a la posesión de Allende” (4/11/1970).

En el “Informe Church” también se proporcionaron algunas cifras que fueron aprobadas por el Comité 40⁴⁸ para las operaciones de sabotaje en Chile:

1970

Marzo 25: El Comité aprueba 125.000 dólares para “operación de descrédito de la Unidad Popular”.

Junio 27: Se acuerdan 300.000 dólares adicionales.

Septiembre 9: Se aprueban 700.000 dólares para “El Mercurio”.

1972

Abril 11: Otros 965.000 dólares para “El Mercurio”.

Entre 1963 y 1973 -asegura el Comité Church- se gastaron en Chile 12 millones 300 mil dólares solamente en el rubro “prensa”.

“Chile fue un ejemplo de lo que puede y es capaz de hacer la CIA. Y de su intervención en varios países de América Latina, que es considerado el patio trasero de EE.UU. Como será que en plena dictadura el ‘Informe Church’ demuestra, confirma y ratifica que el Golpe de Estado en Chile fue organizado y financiado por la CIA. Aportó dinero no solo a los grupos sociales que se levantaron contra Allende, particularmente los gremios empresariales y los gremios de colegios profesionales, sino que también a partidos políticos de oposición como la DC y el Partido Nacional”, dice Bustos.

⁴⁸ El comité estaba integrado por el Asistente del Presidente para Seguridad; el Subsecretario de Estado, el Secretario Adjunto de Defensa, el Director del Estado Mayor Conjunto y el Director de la CIA.

“Personalmente nunca me di cuenta de que existiera eso, nunca se supo algo así. Solo por las desclasificaciones me enteré de que la CIA había intervenido acá, pero insisto, *in situ*, no supe nunca. Mentiría si dijera que alguna vez alguien hizo un comentario de la CIA, era impensable”, asegura Myriam Fernández.

Otra de las estrategias que se difundieron en los medios de prensa fue la supuesta ausencia de libertad de expresión de los medios contrarios al gobierno. Así lo proclamaron los diarios “El Mercurio”, “Las Últimas Noticias”, “La Segunda”, “La Tercera” y “Tribuna”.

Sin embargo, las cifras del tiraje de los diarios de oposición versus los del oficialismo (UP) demuestran que tal política opresiva contra la libertad de prensa no fue tal. Los diarios de oposición al gobierno tenían una tirada aproximada de 540.000 ejemplares, a los que debe agregarse el efecto multiplicador de tres lectores por periódico. En tanto, los diarios pro gobierno UP alcanzaban una tirada total de 350.000 ejemplares, incluyendo al matutino gubernamental “La Nación”, el nuevo diario “Puro Chile” y “Clarín”, que finalmente se había aliado con el gobierno. Además, estaban los periódicos “El Siglo” (del Partido Comunista) y “Las Noticias de Última Hora”.

En el ámbito de la radiodifusión la situación era similar. Los sectores del gobierno del Presidente Allende llegaron a controlar 40 radioemisoras contra 115 de la oposición. La Radio Corporación era del Partido Socialista; la Radio Magallanes, del Partido Comunista; la Radio Luis Emilio Recabarren pertenecía a la Central Única de Trabajadores (CUT); el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) adquirió Radio Nacional, y el Partido Radical tenía la Radio Del Pacífico.

El gobierno de la Unidad Popular contaba además con 11 periódicos regionales, un centenar de revistas, particularmente las de la Editorial Quimantú, empresa editora del Estado, y los canales de televisión estatal (Canal 7) y Universidad de Chile (Canal 9).

“Como sea, en esos tiempos de libertad de expresión la oposición conservadora practicó el

periodismo más inmoral que haya conocido Chile, plagado de mentiras fabulosas, de insultos acompañados de lenguaje soez y, por cierto, orientado a objetivos carentes de ética, como la ruptura del orden constitucional. Esa prensa impuso un estilo que cayó de lleno en el libertinaje y que, lamentablemente, fue imitado parcialmente por los periódicos progresistas, donde algunos incluso procuraron superar al adversario en el reemplazo de los argumentos por los insultos, las palabras gruesas o el lenguaje delictual”⁴⁹, opina Hernán Uribe en “Morir es la Noticia”.

Años después, al finalizar la dictadura de Augusto Pinochet, el Colegio de Periodistas, en un esfuerzo por revisar el rol de la prensa en el periodo pre y post Golpe, realizó un balance del ejercicio de los medios de comunicación en dicho periodo. La principal conclusión fue que unos y otros cometieron el error de incrementar una suerte de caos nacional que habría colaborado en la ruptura institucional ocurrida en septiembre de 1973.

Sin embargo, Uribe cree que ese diagnóstico está errado, pues los analistas solo habrían observado mecánicamente los contenidos de aquellas dos trincheras políticas. “No consideraron el asunto desde un punto de vista ético, pues uno de esos combatientes quería mantener lo que se había ganado democráticamente en las urnas, en tanto que el otro bando perseguía lo que cualquiera podía adivinar: un país sin libertades y teñido por el rojo sangre de millares de muertos con violencia”.

Raúl Rojas hace su propio balance de lo que fue el gobierno de la UP. “Fueron tiempos que algunos llamaron de cambio, pero que en el fondo constituyeron una profunda revolución social, simbolizada por la reforma agraria y la nacionalización del cobre. Un período muy tenso, atizado por los anuncios izquierdistas sobre la futura nacionalización del cobre y de los bancos, expropiaciones e impuestos a los poderosos”, dice.

⁴⁹ CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. Morir es la noticia, Santiago de Chile, 1997, pág. 30.

CAPÍTULO III: LA PRENSA DURANTE EL RÉGIMEN MILITAR

Martes 11

“Nos estamos acuartelando”, fue el mensaje que recibió el periodista Raúl Rojas a las 19 horas del lunes 10 de septiembre de 1973. Al otro lado de la línea le hablaba un oficial del Ejército que el reportero conocía muy bien. “¿Para qué?”, contrapreguntó Rojas. Y escuchó una réplica enérgica: “¡Pa’ qué va a ser, pos’ huevón!”. Apenas colgó el teléfono llamó a “La Tercera”: “El golpe es mañana”, avisó.

Esa misma noche, a las 21 horas, Cristián Bustos estaba en el edificio de Editorial Quimantú, ubicado en la calle Santa María, en Providencia. El joven de 20 años cumplía funciones como delegado de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en el campeonato de fútbol de los medios de comunicación. Las reuniones eran en los talleres de la editorial estatal. “Ya estaba en marcha el boicot de los panaderos, los negocios y el transporte. Pasaba una micro cada dos horas. Tuve que caminar y llegué a medianoche a mi casa en Ñuñoa”, recuerda.

La mañana del martes 11 de septiembre de 1973, en la casa de Bustos toda la familia fue despertada por el jefe del hogar: “Despierten, despierten. Hay Golpe de Estado”, les dijo. Cuando Cristián escuchó, sintió como si le arrojaran un “balde de agua fría”, recuerda.

La Marina fue la primera institución en sublevarse contra el Presidente Allende. Esto le fue advertido por su asesor, Joan Garcés. El español agregó otro dato: la escuadra de Estados Unidos estaba en alta mar y ninguno de los comandantes en jefe contestaba sus llamados.

En Valparaíso, el almirante José Toribio Merino estaba encargado de llevar a cabo la “Operación Silencio”; catorce emisoras y tres canales de televisión eran controlados por la Armada. Incluso aprovechó la ocasión para autoproclamarse, vía radiofonía, como el nuevo Comandante en Jefe de la Armada.

En la sala de redacción del diario “El Popular”, en Valparaíso, estaba trabajando el periodista José Gai. “El Golpe empezó allá, con la Armada, a las 5 de la mañana o poco después. Bajamos con otro colega del diario intentando llegar al centro, donde estaban las oficinas en la calle Esmeralda, cerca de la plaza Aníbal Pinto. Había hartos controles (de la misma Armada, también algunos del Ejército), pero llegamos cerca de la Aduana. De ahí ya no se podía avanzar. El diario fue allanado ese mismo día y, lógicamente, clausurado”, recuerda el reportero.

Mientras, en Santiago, el Presidente Allende salía a toda prisa desde su casa en Tomás Moro con destino a La Moneda, a las 7. 20 de la mañana. Vestía pantalón gris, chaqueta de tweed y chaleco de cachemira de cuello alto.⁵⁰

En diez minutos el Fiat 125 de color azul que transportaba al Mandatario llegó al Palacio de Gobierno. Ese día no ingresó por Morandé 80, como lo era su costumbre; esta vez lo hizo por la entrada principal. A las 7.55 de la mañana envió un primer mensaje a la ciudadanía, que fue transmitido por la radio Corporación:

(...) Informaciones confirmadas señalan que un sector de la marinería habría aislado Valparaíso y que la ciudad estaría ocupada, lo cual significa un levantamiento en contra del gobierno, del gobierno legítimamente constituido, del gobierno que está amparado por la ley y la voluntad del ciudadano. En estas circunstancias, llamo sobre todo a los trabajadores. Que ocupen sus puestos de trabajo, que concurren a sus fábricas, que mantengan calma y serenidad (...) Yo estoy aquí, en el Palacio de Gobierno, y me quedaré aquí defendiendo al gobierno que represento por la voluntad del pueblo”.

El Mandatario confiaba en que el Ejército no se sumaría a la rebelión y que, en cambio, la

⁵⁰ VERDUGO, PATRICIA. Allende: cómo la casa Blanca provocó su muerte, Catalonia, Santiago de Chile, 2008, pág. 171.

reprimiría. No se imaginaba que en ese momento, en el Comando de Peñalolén, en el faldeo cordillerano, el general Augusto Pinochet supervisaba y dirigía por radio las operaciones golpistas.

Minutos más tarde, el Presidente era sorprendido con otra información: el Ministerio de Defensa estaba tomado por el Ejército. Decidió hablar nuevamente por radio pero no pudo hacerlo por Corporación, porque su antena había sido bombardeada, así que habló por radio Magallanes:

“Lo que deseo, esencialmente, es que los trabajadores estén atentos, vigilantes y que eviten provocaciones. Como primera etapa, tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria, que han jurado defender el régimen establecido que es expresión de la voluntad ciudadana, y que cumplirán con la doctrina que prestigió a Chile y le prestigia por el profesionalismo de las Fuerzas Armadas (...)”.

Después de este mensaje, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, general Gabriel Van Schowen, envió un recado para Allende: en Cerrillos lo esperaba un avión DC-6 para que viajara donde quisiera junto a su familia y sus colaboradores más cercanos. La propuesta confirmaba que la Fuerza Aérea estaba unida con la Armada en el levantamiento. Del Ejército aún no tenía noticias.

Las radios Agricultura y Minería transmitieron el primer bando militar a las 8.42 de la mañana. Fue despachado desde el quinto piso del Ministerio de Defensa. “Teniendo presente la gravísima crisis social y moral por la que atraviesa el país”, comenzó diciendo Roberto Guillard, teniente coronel y comandante. Y tras enumerar varias razones, concluyó: “¡El señor Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile!”. También anunció el cierre de radios y canales de televisión de izquierda.

De no acatar esta última orden, los medios de comunicación oficialistas recibirían “castigo aéreo y terrestre”. Los ciudadanos debían quedarse encerrados en sus casas “a fin de evitar víctimas inocentes”. El mensaje estaba firmado por los generales Augusto Pinochet, por el

Ejército, y Gustavo Leigh, por la Fuerza Aérea, el almirante José Toribio Merino, por la Marina, y el general César Mendoza, por Carabineros.

El Presidente transmitió un tercer mensaje radial en respuesta a la proclama golpista: “No lo haré. Notifico ante el país la actitud increíble de soldados que faltan a su palabra y a su compromiso. Hago presente mi decisión irrevocable de seguir defendiendo a Chile en su prestigio, en su tradición, en su forma jurídica, en su Constitución”.

Lo acompañaban esa mañana sus colaboradores más cercanos: el grupo GAP (Grupo de Amigos Personales), sus asesores Augusto Olivares y Joan Garcés, su ministro de educación, Edgardo Henríquez, sus hijas Isabel y Beatriz, un grupo de detectives de la Policía de Investigaciones y dos secretarías, entre ellas Miria Contreras, la Payita.

El sonido de los aviones Hawker Hunter y el rotor de las hélices de los helicópteros se escucharon de fondo en el cuarto mensaje radial. El Presidente habló: “Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros en este país (...) En estos momentos, pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo. ¡Que en este país hay hombres que saben, cumplir con la obligación que tienen! (...) La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada (...)”.

Cristián Bustos dice que lo más impactante era ver a los Hawker Hunter amenazantes en el cielo. “Fue muy fuerte, una locura ver cómo bombardeaban la casa de Tomás Moro, donde estaba la esposa del Presidente. De ahí me subí al techo de mi casa y, a pesar de la distancia, vi a los aviones dando vueltas para atacar La Moneda”, recuerda el reportero.

Después del cuarto mensaje que envió el Mandatario, los edecanes de las Fuerzas Armadas se reunieron con él para intentar persuadirlo de que se rindiera. Le dijeron, una vez más, que en Cerrillos lo esperaba el DC-6, que era inútil que siguiera resistiendo. Las antenas de las radios Corporación y Portales ya habían sido bombardeadas; Magallanes y Sargento Candelaria continuaban funcionando pero con interferencias. Entonces, Allende dirigió al país el quinto y último mensaje:

“(…) Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición”.

En seguida, un bando militar anunciaba el bombardeo de La Moneda para las once de la mañana, en caso de que el Presidente no se rindiera. Faltaba más de una hora. Durante ese tiempo, Allende dejó en libertad de acción a la guardia presidencial; los carabineros se fueron pero unos dieciséis detectives se quedaron. También les advirtió a sus colaboradores que si querían irse no lo consideraría una traición. “No quiero mártires. Escuchen bien ¡ No-que-romár-ti-res! Pediré una tregua y saldrán”, dijo.⁵¹

A las 11:52 de la mañana cayó la primera bomba sobre La Moneda, de uno de los Hawker Hunter. Luego, vendrían varias más.

El periodista René Durney⁵², de “El Mercurio” y la revista deportiva “Estadio”, fue testigo del bombardeo de La Moneda desde el edificio de Editorial Quimantú. “Los aviones venían desde Colina, en el norte. Vi cómo soltaban los cohetes que caían desde el edificio hasta el Palacio; apenas los aviones tomaban altura, daban la vuelta por Plaza Italia y se dirigían hasta San Bernardo. Pasaron dos o tres veces y cuando lo hacían se remecía Plaza Italia”, recuerda.

El día anterior Durney había reportado un campeonato mundial de natación, evento realizado en la Escuela Militar. Allí, sin saberlo, se cruzó cara a cara con los mismos soldados que el día después romperían la tradición democrática de Chile. Llegó a las 19 horas junto a un fotógrafo al edificio castrense.

⁵¹ VERDUGO, PATRICIA. Allende: cómo la casa Blanca provocó su muerte, Catalonia, Santiago de Chile, 2008, pág. 192.

⁵² Entrevista con la autora.

Durney recuerda que le llamó la atención que no hubiera ningún soldado vigilando la entrada. “Unos tipos vestidos con tenida de guerra dirigían el ingreso de camiones cargados con soldados. Uno de ellos, que estaba en la puerta nos preguntó de dónde veníamos y le dijimos de “El Mercurio”. Seguimos adelante, algo inédito, porque en cualquier Escuela Militar del mundo te piden tu cédula y tus datos para ingresar. En el interior había más camiones, llenos de milicos con maquillaje de guerra y armados hasta los dientes. Inocentemente, mi compañero me dijo que seguro estaban ensayando para la parada militar”, comenta.

Después de las bombas, el Ministerio de Defensa aceptó la tregua que pidieron desde La Moneda. Las hijas del Presidente se resistían a desalojar, en especial Beatriz. Finalmente, salieron con el doctor Arturo Jirón. También lo hizo el abogado español Joan Garcés: “Alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado. Y sólo usted puede hacerlo”, le dijo el Presidente ⁵³. Miriam Contreras, la Payita, se quedó.

“Salvar con vida a su gente fue la última misión del Presidente. Y para ello puso a prueba su habilidad como negociador político. Primero, con la excusa de parlamentar; sacó del Palacio al ministro Flores, al subsecretario Vergara, a su secretario Puccio y al joven hijo de éste. Entremedio, vivió el duelo por la muerte del periodista Augusto Olivares, su amigo y asesor, director de prensa de Televisión Nacional”, relata Patricia Verdugo. ⁵⁴

Luego de la muerte de Olivares, quien se suicidó en pleno bombardeo, a las 13.20 se pactó otro alto al fuego. “Ya es hora de rendirse y salir”⁵⁵, dijo Allende a sus compañeros, quienes formaron una fila para evacuar por la salida de Morandé 80. A uno de ellos le encargó un pergamino enrollado que debía entregar a la Payita; era el Acta de la Independencia.

“Anótese que él no quiso entregársela, evitando un último encuentro donde ella (la Payita) pudiera evitar su decisión. Anótese también que él, sabiendo que vivía sus últimos minutos, destinó unos instantes para asegurar que los chilenos pudiéramos conservar esa reliquia patria que

⁵³ Ídem, 193p.

⁵⁴ Ídem, 195p.

⁵⁵ Ídem, 196p.

era el Acta de la Independencia. ¡Cómo iba a imaginar que un soldado la iba a romper en pedazos minutos después! Dos imágenes -el Presidente preocupado de salvar el Acta y el soldado destruyéndola- como para preguntarse quién era realmente el patriota, quién amaba a su país. La respuesta es obvia...”, reflexiona Patricia Verdugo.⁵⁶

Se abrió la puerta de Morandé 80 y los civiles comenzaron a salir. El Presidente, en cambio, no lo hizo. Camino hasta el salón Independencia y se sentó en un sillón rojo, junto a su metralleta. “¡Allende no se rinde!”, fue el grito que escuchó el detective Garrido. “El doctor Guijón dice que volteó la cabeza y vio que el cuerpo del Presidente se movía en un espasmo vertical. “Nadie escuchó los disparos”, cuenta Verdugo.⁵⁷

Raúl Rojas estaba en ese momento en la Plaza de la Constitución, junto a otros seis periodistas, quienes fueron testigos de lo que ocurrió afuera de La Moneda aquel martes 11. “Nos quedamos hasta que nos obligaron a retirarnos. Después aparecieron como cien colegas informando que habían estado ahí. Al comenzar la tarde y aproximarse el toque de queda, telefoneé al diario y pedí que me mandaran a buscar. Caminé hasta Huérfanos con Mac Iver, donde nos recogieron. Regresamos a ‘La Tercera’, ”cuenta.

La edición militar

El miércoles 12 de septiembre los quioscos no abrieron. Ninguno exhibía las portadas de los diarios, como era la costumbre cada mañana. Ese día no era uno normal. Las calles estaban vacías. En la radio se transmitían bandos militares que anunciaban disposiciones y listas con nombres de personas que eran buscadas por la recién constituida Junta de Gobierno.

En Santiago ningún periódico se imprimió ese miércoles de madrugada. Hubo un diario que sí lo hizo, pero en la Sexta Región: “El Rancagüino”. En sus páginas informó sobre el discurso de Allende y el anuncio del Estado de Sitio.

“Junta Militar controla el país” titulaba el diario “El Mercurio”, el 13 de septiembre,

⁵⁶ Ídem.

⁵⁷ Ídem, 197p.

mientras que “La Tercera” decía “Junta militar tomó el control”. La censura previa en la prensa sería una norma durante las primeras semanas. El diario “La Estrella de Valparaíso” publicó el 13 de septiembre una lista de revistas cuya circulación quedaba suspendida por considerarse “de tipo marxistas, extremistas y otras de carácter político”, según un comunicado oficial de la Comandancia en Jefe de la Zona Naval. Esta imposición también incluyó publicaciones de tendencia derechista como “PEC” y “Sepa”.

Editorial Quimantú era allanada dos días después, sus libros impresos fueron quemados en una hoguera y las maquinarias confiscadas por los militares. Los talleres de la empresa Horizonte, donde se editaban “El Siglo”, “Puro Chile” y “Última Hora”, fueron desmantelados. La misma suerte corrieron las oficinas del diario “Clarín”.

Los censores militares se integraban a las salas de redacción de los diarios partidistas “La Prensa” y “Tribuna”, que apoyaron el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular. Estas publicaciones dejaron de imprimirse en 1974.

En tanto, las revistas “Qué Pasa” y “Mensaje” (esta última contaba con el respaldo de la congregación jesuita) y el semanario de corte policial “Vea”, pudieron seguir publicando. El diario oficialista “La Nación” desapareció a fines de octubre de 1973 y volvió a imprimirse con el nombre de “La Patria”.

El bando número 15 que emitió la Junta de Gobierno por radio autorizó la circulación de la “La Tercera” -diario entonces de propiedad de Germán Picó Cañas- , y los de la empresa El Mercurio S.A.P. Además, determinó que “los directores tendrán la responsabilidad de entregar diariamente antes de su emisión las respectivas muestras para proceder a su revisión, advirtiéndose que la emisión de todo texto no autorizado será requisada y destruida”⁵⁸.

Según Álvaro Puga, quien fue director de Asuntos Públicos de la Junta Militar, días

⁵⁸ DE MARTÍN MARIA ISABEL La prensa en el caso Letelier. Análisis de Contenido de El Mercurio y La Tercera. Septiembre 1976- Marzo 1978, Tesis de Grado de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica .Profesor Guía: Óscar Saavedra Dahm.

después del Golpe se convocó a los directores de los medios de comunicación a una reunión al Diego Portales. Allí llegó el Padre Raúl Hasbún, en representación de Canal 13, y Arturo Fontaine, de El Mercurio, entre otros.

“Todos saben que estamos en una situación difícil. Es responsabilidad de todos que los asuntos marchen mejor. El enemigo aún está latente”, dijo Puga a los asistentes⁵⁹.

De este modo, “La Tercera”, “Las Últimas Noticias”, “La Segunda” y “El Mercurio” tuvieron que aceptar las condiciones del nuevo régimen, que incluyó la presencia de militares en sus dependencias durante al menos un mes. Por esos días debutaron los espacios en blanco en las páginas de los diarios, que eran el resultado de la censura impuesta por los censores.

Los originales debían ser enviados al edificio Diego Portales, sede operativa de la Junta Militar, antes de publicarlos. Los censores revisaban cada página, desde las editoriales hasta las cartas al director, crónicas, fotografías y la portada. La Dirección Nacional de Comunicación Social (Dinacos) era la encargada de censurar el contenido que estuviera fuera del criterio del gobierno. Las hojas que pasaban al escrutinio debían llevar la firma y timbre del reformador; sólo así podían imprimirse las ediciones.

Raúl Rojas recuerda que durante los primeros seis meses del nuevo régimen llegaba un grupo de tres oficiales a los diarios y cuando encontraban algo que no era de su gusto lo tajaban. “En ‘La Tercera’ ideamos dejar los espacios en blanco. Entrábamos en discusiones con los militares, pero cuando nos dimos cuenta de que era inútil discutir, simplemente dejamos los espacios. A ellos no les gustaba, por ejemplo, la expresión ‘Golpe de Estado’, la rechazaron siempre. O cuando uno decía el ex senador socialista había que nombrarlo como extremista o terrorista, darle ese perfil”, dice.

La periodista María Teresa Larraín, de “La Tercera”, dice que la mayor humillación era

⁵⁹ VILCHES MARÍA JOSÉ Con tinta de sangre. Carmelo Soria o cómo un crimen político se transforma en crónica roja. Una mirada desde El Mercurio. Noviembre del 2006-Mayo 2007, Tesis de Grado de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Profesor Guía: Claudia Lagos Lira.

llevar los originales hasta el edificio Diego Portales, para que fueran revisados por Dinacos. “Había que preguntar por un señor Olea, que era el encargado de ver tu texto. Nunca se veía, creo que nunca existió. Los militares decían que no estaba, pero que mañana leerían el texto. Obviamente, el artículo ya no servía para el otro día”, recuerda.

El periodista René Durney tuvo que ir en varias oportunidades hasta el Diego Portales para llevar el original de la revista “Estadio”. “Era humillante porque tú sabías que ese censor no tenía méritos, que era un soldado que difícilmente sabía lo que era un sinónimo. Las palabras Cuba, Unión Soviética, dictadura militar o Golpe estaban proscritas. Lo peor era cuando suprimían los párrafos de los diarios, pues no quedaba tiempo para corregir. Al otro día leías el diario y te encontrabas con los espacios en blanco. Y más encima, el régimen negaba que hubiera censura en Chile cuando era cuestionado por la comunidad internacional”, cuenta.

El 8 de octubre se produce el primer incidente con la prensa autorizada: un censor de mano blanda había permitido que “Las Últimas Noticias” informara sobre hechos prohibidos.⁶⁰ Pese a que los materiales se mostraron antes de su publicación, el gobierno decidió castigar al diario y lo cerró “por abuso de falso sensacionalismo”. El presidente de la empresa El Mercurio S.A.P., Fernando Léniz, concurrió hasta el Ministerio de Defensa para tratar de resolver la situación. Al día siguiente, el tema quedó resuelto y Léniz se convertiría en el nuevo ministro de Economía del régimen.

En el verano de 1974, el primero de la Junta de Gobierno, la prensa destaca en sus titulares el avance de las obras de construcción de la Línea 1 del Metro de Santiago. En febrero, una Quinta Vergara repleta corea la canción “Libre”, de Nino Bravo, versionada por el humorista Edmundo “Bigote” Arrochet.

Para febrero de 1974, el cincuenta por ciento de los periodistas de Santiago estaba cesante. De los once diarios existentes antes del 11 quedaban sólo cuatro; cinco radioemisoras habían sido bombardeadas y expropiadas; las revistas de izquierda fueron prohibidas y los

⁶⁰ SEPÚLVEDA ÓSCAR, SALAZAR MANUEL, CAVALLO ASCANIO. La historia oculta del régimen militar, Uqbar, 2008, Santiago de Chile, pág. 34.

canales de televisión sufrían la cirugía ideológica de las nuevas autoridades.⁶¹

“Mensaje”, una de las revistas que se mantuvo en circulación, dirigida por la congregación jesuita, era censurada constantemente. Sus editores dejaban en blanco los espacios e incluían allí citas evangélicas. Pero no sólo los medios debían soportar la prohibición de la libertad de expresión. Los periodistas también eran perseguidos e intimidados.

René Durney estuvo varios días detenido por informar sobre un incidente en un partido de fútbol entre los equipos de Santiago Morning y Aviación. El entrenador de los primeros había ingresado a la cancha para reclamar el cobro de un penal y luego se dirigió a increpar a los dirigentes de Aviación: “Ustedes van a salir campeones por decreto”, les dijo.

El episodio fue descrito por Durney en “El Mercurio”. Días después, el reportero fue detenido por miembros de la Policía de Investigaciones y perdió su trabajo en el diario.

“Después de mi arresto fue muy difícil seguir en Chile. Me encontraba con colegas en la calle que cruzaban para no saludarme, para que nadie los viera hablando con una persona de izquierda. Yo no estaba dispuesto a guardar silencio, por eso tuve que irme a España. Si no lo hubiera hecho, quizás habría desaparecido”, comenta.

Tal como lo hizo Durney, muchos periodistas, apesadumbrados por la inseguridad y el hostigamiento, optaron por subirse a un avión, dejar atrás la vida que tenían en Chile y salir del país en búsqueda de libertad, refugio y seguridad en el exilio. También hubo un grupo que se quedó para conformar una resistencia informativa de oposición a los medios oficialistas, mientras se ganaban la vida en oficios que no tenían nada que ver con el periodismo. Otros siguieron trabajando en los medios de comunicación que sobrevivieron al desmantelamiento de la prensa, y que estaban autorizados bajo las estrictas reglas de la Junta Militar.

Un día en la sala de redacción

Pese a la intervención militar que hubo en las salas de redacción de la prensa y a las

⁶¹ Ídem, 200p.

disposiciones de la Junta Militar en relación a los medios de comunicación, los diarios siguieron funcionando con la estructura jerárquica y con el esquema clásico con el que operaban hasta antes del Golpe.

Raúl Rojas recuerda que en “La Tercera” los jefes de informaciones y de crónica llegaban a las 9 de la mañana, leían los diarios, revisaban el material de los teletipos y luego iniciaban una reunión de pauta, la que distribuían a medida que llegaban los periodistas. “Al mismo tiempo, se despachaban las páginas de redacción, cartas al director y otras que tenían posibilidad de cierre temprano. El apremio comenzaban a partir de las 16 horas y terminaba a las 19 horas, momento en que se cerraba el diario de regiones”.

Luego, entraba en acción el editor nocturno, con uno o dos reporteros del día, que cumplían turno cada 15 días y se quedaban hasta las 01 horas. Ellos cubrían las noticias de última hora y hacían los cambios de rigor.

En el diario “Las Últimas Noticias” la rutina no era muy rígida, más bien dependía del estilo de trabajo del editor encargado. El periodista José Gai dice que durante mucho tiempo no hubo reuniones de pauta en las secciones que componían el diario. “Los jefes hacían una pauta básica en base a las agencias sumado a los temas que ofrecía cada periodista, quien estaba asignado a un sector que debía cubrir. Se reporteaba en la mañana, se redactaba y se remataba con una actualización que se conseguía por teléfono”, comenta.

Gai reconoce que después del Golpe hubo un período de “poca autoexigencia” en los reporteros de LUN. “Los jefes generalmente eran relajados y los directores trataban de hacer un diario magazinesco que no diera problemas a “El Mercurio”. En ese sentido, el diario evitaba meterse en las patas de los caballos”, explica.

De hecho, Myriam Fernández cuenta que en el ambiente de la prensa escrita el diario era conocido como “las termas de LUN”. Eso sí, hubo una época que la rutina de las “termas” se agitó, bajo la subdirección de Raúl González Alfaro (1980-1987). “Él llegaba a las 7 de la mañana para distribuir la pauta, las designaciones quedaban en el diario mural. Entonces, cuando

cada periodista llegaba se acercaba allí y veía lo que le correspondía”, cuenta.

Ese período tenso cambió con el retorno de Fernando Díaz Palma a la dirección de LUN, luego de la salida de Héctor Olave Vallejos en 1986, por orden del gobierno militar. “Con él no había una rutina rígida. Cada periodista sabía lo que tenía que hacer. En ese tiempo se trabajaba con los frentes noticiosos y cada uno era responsable de un sector”, agrega Fernández.

Cristián Bustos dice que en la “La Segunda” la rutina comenzaba a las 8 de la mañana, ya que a las 14 horas el diario debía distribuirse en la Región Metropolitana. “Las propuestas de pauta que tú hacías eran de acuerdo a la revisión de la prensa. Nadie te lo exigía, lo básico era escuchar la radio, ver la televisión, llegar informado. Eso te permitía definir la pauta conforme a las instrucciones que te dieran los jefes: el director, subdirector y el editor general. El encargado de la sección escogía al periodista que consideraba más indicado para cubrir tal noticia”, recuerda.

Después de las 14 horas había una larga pausa en “La Segunda”. “Almorzabas relajado, te tomabas un café y a las 15:30 estabas de vuelta para reunirte con tu equipo de trabajo y avanzar en los temas que podías abordar al otro día. Era normal empezar a trabajar a las 7 de la mañana e irse a casa a las 20 horas. Esta rutina sigue en la actualidad, no ha cambiado mucho”, agrega.

Mónica Rodríguez trabajaba en “El Mercurio”, a cargo de la edición internacional que circulaba una vez a la semana por suscripción. “Era un resumen de noticias de cinco centímetros cada una. Muchas veces era información que causaba revuelo entre los exiliados. Por ejemplo, cuando el gobierno los autorizó a volver, a medida que se entregaban las listas, las reproducíamos en esa sección”, recuerda.

En varias oportunidades, esta periodista oriunda de San Vicente de Tagua-Tagua pensó en renunciar: “Estaba choreada, me repetía todos los días que era espantoso lo que ocurría en el país y me preguntaba cómo podía seguir yendo al diario”, dice.

Sin embargo, separada y con tres hijos a costas, la decisión de retirarse implicaba costos

que ella no estaba dispuesta a asumir. “Para mí era de vital importancia mantenerme en mi trabajo, esa era la prioridad número uno. No fui de esas personas heroicas que dejaron hijos y se fueron a luchar. Nunca fue mi naturaleza”, confiesa.

De todos modos, colaboró enviando contactos e informaciones a sus colegas en el exilio mediante papeles que iban escondidos en la edición internacional. “Ellos me daban ánimo para seguir, me decían que era importante contar con gente adentro del sistema que pudiera informar y meter uno que otro gol”, comenta.

La rutina en esa sección de “El Mercurio” comenzaba a las 10 de la mañana. Lo primero era revisar la prensa, con especial atención en la edición del día del mismo diario, pues de allí se reciclaban las noticias para incluirlas en la edición internacional. Rodríguez, la editora a cargo, se reunía con su equipo después de almuerzo.

“Yo podía incluir las noticias que a mi criterio eran más importantes y que en la edición nacional habían salido apenas en un breve. Por ejemplo, cuando fue el crimen de Guerrero, Parada y Nattino (1985). Lo llevé grande, con una foto impactante donde salía una de las esposas y la cruz de Cristo atrás. Otros colegas me decían que se notaba mi mano ahí. Eso sí, debo reconocer que nunca me llamaron para decirme que estaba publicando cosas que no correspondía, pese a que sabían que yo era una persona de izquierda”, cuenta Rodríguez.

René Durney, quien trabajó en “El Mercurio” hasta noviembre de 1973, cuenta que en esos años el trabajo reporteril era designado por el editor. “Era normal llegar al diario y ver tu pauta escrita en la pared. No como ahora que se proponen los temas. Allí era sin derecho a pataleo”, dice el periodista.

“A veces esperé a un tipo desde las 9 de la mañana hasta las 22 horas, aunque saliera para la edición de Santiago, pero lo conseguía. Si no lo hacías te despedían, significaba que tenías que dedicarte a otra cosa, que no tenías dedos para el piano”, recuerda Durney.

Reporteo en dictadura y relación con las fuentes

La periodista Myriam Fernández llegó a “Las Últimas Noticias” en 1979, a la sección “Acción Comunal”. Más tarde, trabajó en “Voz y Voto”. Después de la pauta diaria, ella pedía un móvil para salir a reportear junto a un fotógrafo. “Recorría Santiago buscando información, había campamentos por todas partes; eran 5 mil o 10 mil familias que se tomaban sitios y conformaban verdaderas ciudades de tomas, donde la gente vivía en condiciones extremas. En el Río Mapocho, Lo Barnechea, en el centro de Santiago y en lo que hoy es Peñalolén. También en el Zangón de la Aguada”, recuerda.

Según ella, en LUN era habitual ver al Mamo Contreras entrar y salir de la oficina del subdirector, Raúl González Alfaro. “Eran muy amigos. Contreras era un personaje siniestro, pero qué podías hacer, te lo guardabas. Si no te gustaba te podías ir al extranjero como lo hicieron otros colegas”, agrega.

En cuanto a las fuentes, ella se relacionaba con autoridades del régimen militar, oficiales, alcaldes, intendentes, ministros y encargados de las reparticiones públicas. Dos de los lugares que más frecuentaba eran la Intendencia Metropolitana y la municipalidad de Santiago. “En esos lugares conocía desde el portero hasta el intendente. En ese tiempo, hice buenas migas con el mayor general Hernández Pedrero, quien era muy simpático y todo un caballero. A mí no me interesaba que fuera milico, sino que me tratara bien y me diera la información que andaba buscando”, dice Fernández.

En 1985 la operaron de urgencia y pasó varias semanas hospitalizada en el cuarto piso de la Clínica Alemana. Allí recibió la visita y un ramo de flores de Hernández Pedrero.

“Él venía con toda la escolta. Cerraron el piso completo porque en ese tiempo él era la tercera antigüedad después de Pinochet. No podía reírme porque tenía un tajo enorme. Esos gestos nunca se olvidan, independiente de que era milico, era una persona amable y caballerosa”, afirma.

Un año después ella se casó. “Era tanto lo que me querían en la Intendencia, que

Hernández Pedrero envió el equipo audiovisual para que grabaran mi matrimonio”, relata la periodista.

Ella también hizo buenas migas con Augusto Pinochet. Como periodista, debía, en ocasiones, parchar a su colega que cubría Moneda, por lo que fue en varias ocasiones a las giras presidenciales y asistió a los desayunos mensuales en el Palacio de Gobierno.

“Al final vas adquiriendo simpatía con la persona porque se trabaja en conjunto. Es contradictorio, porque por un lado era un dictador apenado al poder, pero por otro, era súper cariñoso contigo. No sabías qué pensar, el viejo era súper cordial y amable; eso te lo pueden decir todos los periodistas que cubrían Moneda en esa época”, puntualiza Fernández.

Para Raúl Rojas, de “La Tercera”, reportear en el “gobierno militar” era lo mismo que en gobiernos anteriores: “Había que ir al lugar de la noticia, conseguir antecedentes, recurrir a contactos, buscar en forma incesante, conseguir la información, escribirla rápido y bien. Estar atento a cualquier cambio de última hora”, dice.

Eso sí, según Rojas, lo que cambió fue el horario en el que debían comenzar a reportear los periodistas: “Las nuevas autoridades llegaban a primera hora a sus puestos de trabajo. Por contraste, las tardes eran más flojas en información”, puntualiza.

En relación a las fuentes, afirma que durante la dictadura militar no eran diferentes a las que acudía antes y después del Golpe. “Autoridades de todo nivel, personeros de las organizaciones privadas, organizaciones de trabajadores, departamentos de comunicaciones de Carabineros e Investigaciones, clubes deportivos, conferencia de prensa, otras. Por lo general, se privilegiaba a las autoridades máximas”, explica. Además, agrega que en “La Tercera” dichos informantes eran considerados “según la noticia, sin preferencias para ninguno: ni políticas, ni económicas, ni culturales, ni sociales de ningún tipo”.

Sin embargo, reconoce que uno de los obstáculos era que las autoridades o personalidades eran reacias a informar. “Esquivaban a la prensa, con buenos o malos modales. Pretendían

informar en el día y hora que ellos quisieran, y en las condiciones que aceptaran”, dice Rojas.

Cristián Bustos, de “La Segunda”, recuerda que en los 70 los periodistas no tenían el apoyo de internet. “No existían los celulares ni el correo electrónico. Utilizábamos las grabadoras rústicas que pesaban varios kilos. Toda la fe recaía en el rendimiento del reportero”, afirma.

Cristián asistió en 1985 al fusilamiento de los dos carabineros acusados de ser los psicópatas de Viña del Mar. Allí tuvo que ingeniárselas para despachar, ya que el evento sería a las 5:15 de la mañana. Llegó dos días antes para conocer los alrededores de la cárcel de Quillota. El reportero golpeó la puerta de las casas aledañas al recinto penitenciario para conseguir un teléfono e informar los detalles de la muerte de Jorge Sagredo Pizarro y Carlos Top Collins.

Dos mujeres mayores abrieron las puertas de su casa y escucharon al periodista. Si le arrendaban su teléfono, él pagaría el gasto de la llamada y les daría 10 mil pesos por el favor.

“Cuando se produce el fusilamiento salgo corriendo a la casa de las abuelas, entro y veo un montón de sillas alrededor del teléfono. Ellas habían invitado a los vecinos a escuchar en vivo el relato de la muerte de los psicópatas. Para eso, cobraron una entrada y repartieron café con galletas a los asistentes”, rememora Cristián.

En relación a las fuentes, Bustos señala que en la primera fase de la dictadura éstas eran estrictamente oficiales. “La relación con los informantes era completamente vertical y cerrada. El reporte era muy pobre y se limitaba a constatar lo que transmitían las fuentes y comunicados oficiales”, asegura.

Sin embargo, después de los 80 este panorama se tornaría menos rígido, en gran medida porque el régimen fue sufriendo un desgaste. “Se fueron produciendo pequeñas fisuras entre los propios voceros oficiales que te permitían como reportero acceder a informaciones que no necesariamente podías publicarlas, pero sí te permitían enterarte de lo que pasaba al interior de la cúpula militar. A pesar de lo cerrado siempre había opciones de poder saber un poco más que el discurso oficial”, agrega.

Entre esas informaciones incómodas para la Junta estuvieron los disensos en materia económica entre José Toribio Merino y Augusto Pinochet, o la oposición que hubo de algunos altos oficiales del Ejército para privatizar Codelco, encabezados por el general Gastón Frez. También hubo filtraciones de documentos respecto a la política de erradicaciones para la construcción de viviendas sociales en las comunas aledañas a Santiago, medida que estaba generando un “cordón” en torno a la capital.

María Teresa Larraín, que colaboró en “La Tercera” y con la televisión holandesa, coincide en que la labor del reportero era fundamental en aquella época. “El reportero sentía nervios y adrenalina. Eso sí, teníamos que trabajar en tres partes para que nos alcanzara el dinero. Actualmente, los periodistas entregan su texto a las 17 horas y se van tranquilos a casa. Si el editor tiene alguna duda llama o envía un WhatsApp”, opina.

También asegura que en la sala de redacción del diario los periodistas convivieron con funcionarios de la CNI (Central Nacional de Inteligencia). “Estábamos rodeados por CNI. Me acuerdo puntualmente de un tipo que pasaba mañanas completas barriendo el mismo sitio. Barría, barría y seguía barriendo. Nos preguntábamos por qué seguía barriendo si ya no quedaban hojas ni mugre en el suelo”, relata.

“Hubo una época en que pasé por un conflicto emocional, pues manejaba mucha información. Tenía toda la presión de personas cesantes, de otros que estaban en el campo de concentración, de familias que llegaban a mi casa a pedirme datos...tuve que verme con un siquiatra”, confiesa.

Censura y autocensura

Una característica común de los regímenes autoritarios a lo largo de la historia universal es la suspensión, restricción o anulación de la libertad de expresión, con el fin de suprimir las manifestaciones críticas o disidentes que cuestionen la conducción gubernamental.

De este modo, el gobierno autoritario crea medidas administrativas mediante las cuales éste

se reserva⁶²:

- a) El derecho de autorizar la edición y circulación de diarios, revistas, libros y publicaciones en general;
- b) El derecho a imponer la censura previa, en determinadas circunstancias-vinculadas a la necesidad de mantener la seguridad del Estado o la paz interior- las que son calificadas por el gobierno;
- c) El derecho de suspender todo tipo de publicaciones o de prohibir la difusión de informaciones que se desea mantener en desconocimiento de la opinión pública, y
- d) El requisamiento de las publicaciones realizado por la policía o los organismos de seguridad, sin orden judicial.

“El régimen militar chileno se ha valido sistemáticamente, en distintos grados, formas y circunstancias, de todas las alternativas represivas mencionadas, lo que le ha significado la condena reiterada de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y de otras organizaciones internacionales”, afirman Jorge Mera y Carlos Ruiz, en el texto “Notas sobre libertad de prensa, censura y cultura política en Chile”.

Pero más allá de la censura impuesta por el gobierno de facto, hubo una práctica muy frecuente entre los periodistas que continuaron trabajando en los medios oficialistas: la autocensura.

“No era necesario que te prohibieran escribir sobre algún tema, nosotros mismos nos autocensurábamos. Vivíamos en una dictadura militar, en donde estaban suspendidos todos los poderes del Estado. Y era empleada en una empresa que había jugado un rol muy importante en la caída del gobierno de Allende”, comenta Myriam Fernández.

Para René Durney, que a su regreso al país trabajó en Radio Chilena y en “Las Últimas Noticias”, los obstáculos en el ejercicio del periodismo durante la dictadura estaban asociados al monopolio informativo de la fuente oficial. “No existía el reporte libre. Es decir, si eras terco

⁶² MERA JORGE y RUIZ CARLOS. Notas sobre libertad de prensa, censura y cultura política, en Claudio Durán, Fernando Reyes Matta y Carlos Ruiz (eds.), La prensa: del autoritarismo a la libertad (Santiago: Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea e Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), 1986), pág.193.

quizás conseguías reportear, pero no podías escribirlo. Tampoco decir nada que fuera interpretativo o que no viniera de una fuente oficial”, dice.

Las conferencias de prensa, según relata Durney, consistían en ir hasta las distintas sedes gubernamentales y recibir un boletín informativo. “Eso era todo. El periodista era un mero transmisor de datos, se transformó en un cartero. Recibíamos el papel, lo llevábamos al diario y se lo pasábamos al editor”, recuerda.

Para las tareas de censura y regulación de los medios de comunicación se había creado a fines de 1973 la Dinacos, organismo dependiente de la Secretaría General de Gobierno. Su misión era revisar e intervenir contenidos generados por todo medio, audiovisual, radial o escrito, dando la pauta de lo que se permitía informar y dentro de qué parámetros se podía debatir sobre cualquier tema de alcance político, logrando así la autocensura de los propios medios. Los directores y editores de estos medios eran citados periódicamente a sus oficinas, ubicadas en el ex edificio Diego Portales.

El periodista José Gai, antes de trabajar “Las Últimas Noticias”, estuvo en la agencia informativa Orbe. Allí recuerda que había una comunicación diaria y directa entre el director de la agencia y Dinacos. “Era una información bastante controlada. Se trabajaba mucho en base a lo que decían los organismos oficiales, había muy poca información que venía de fuentes distintas, salvo el caso de deporte o espectáculo”, dice.

También señala que la autocensura incluso permeó al ciudadano a pie. “La sociedad también se sentía censurada. No había ese flujo que existe hoy, del ciudadano que instala un tema noticioso o denuncia. En dictadura las personas no estaban en condiciones de exigirle más a la prensa”, agrega el periodista.

Myriam Fernández dice que Francisco Javier Cuadra, quien fue ministro secretario de gobierno durante el régimen militar entre los años 1984 y 1987, siempre conocía los titulares que al día siguiente publicarían “El Mercurio” y “Las Últimas Noticias”. “Seguramente, alguien del diario lo llamaba y le contaba. Entonces, él intervenía y en ocasiones, hacía cambios o bajaba tal

o cual información”, asegura.

“Había una comunicación permanente de los jefes de comunicación social de la época de Francisco Javier Cuadra (a mediados de los ochenta), que llamaba a los directores o subdirectores. Yo sé que llamaba a LUN, generalmente al director o a quien lo reemplazara. A mí me llamó dos veces. Una vez me dijo que él quería que tal noticia saliera de tal forma. Le dije que le iba a hacer llegar su comentario a quien correspondía. Se lo comuniqué al subdirector y , por supuesto, no salió esa parte”, dice Gai.

Y añade: “La mayoría sabía que era difícil publicar todos los ángulos la noticia. Existía la tendencia de cubrirla desde una mirada muy limitada. Había pocos voceros visibles de las otras posiciones y en ese sentido habían autolimitaciones de los reporteros de quedarse con esa versión y no buscar la contraparte”.

Raúl Rojas dice que en “La Tercera” los periodistas, conscientes de las limitaciones para contrastar la información oficial, en oportunidades optaban por omitir la noticia. “De esa forma, podíamos demostrar que no nos habían metido el dedo en la boca. Era nuestra actitud de rebeldía”, asegura.

“Que yo recuerde, donde trabajaba nadie me dijo que no publicara algo”, afirma. Sin embargo, las limitaciones del reporte eran cotidianas. “Incluso, se utilizaba harto el viejo recurso de decir fuentes informadas o fuentes no oficiales, para agregar datos”, agrega.

Otro de los cuidados que debían tener los periodistas durante la dictadura era el uso del lenguaje. “No se podía ser agresivo ni acusador. Si había un hecho negativo para el gobierno militar se informaba, pero con un lenguaje cuidadoso. Eso lo aprendí de un viejo periodista: todo se puede decir, depende cómo. Siempre siendo cuidadoso, pero sin mentir o contando las cosas como eran”, dice Rojas.

Mientras, al interior de “El Mercurio”, la periodista Mónica Rodríguez desconfiaba incluso de sus propios compañeros. “La autocensura fue muy fuerte y todos los días

había gente que te recordaba tus límites. Por ejemplo, en la sala de corrección de pruebas habían unos cuatro tipos de la CNI trabajando tranquilamente”, cuenta.

Por eso, dice que se construyó en su cabeza una fortaleza mental. “No dejaba entrar a nadie, sólo a dos personas que merecían mi confianza. Mi marido de ese tiempo trabajaba en el Ejército y me contaba acerca de las colas interminables de delatores”, comenta.

Precaución con las conversaciones de pasillo, hablar en el casino o en el baño, esa era su consigna. Para esquivar los oídos delatores y comunicar alguna noticia entre colegas recurrían a los diálogos en clave. Por ejemplo, la frase “Hoy tenemos que usar pañuelo, no servilleta”, significaba que habían detenido o asesinado a un opositor activo del régimen. “El pañuelo era porque teníamos que llorar al compañero caído. Y cuando te ofrecían una servilleta era que habían muerto adversarios en algún ataque, tipos de Pinochet, entonces nos habíamos servido a los oficialistas”, explica Rodríguez.

Y agrega: “Estas conversaciones las tenía con dos o tres personas en el universo mercurial, que era enorme. Había que tener mucha seguridad de que no te iban a delatar y por eso, perder tu trabajo”.

El periodista Cristián Bustos trabajó en la agencia de noticias EFE antes de llegar a “La Segunda”. Su director era un ciudadano español llamado Diego Hortelano. Entre las numerosas noticias que se despachaban por teletipos al extranjero estaban las denuncias de la Vicaría de la Solidaridad. “Cuanto tenías lista la señal internacional para transmitir la información a Madrid, el teletipo se bloqueaba y dejaba de funcionar”, recuerda.

En seguida, Hortelano llamaba a la oficina de Dinacos, ubicada en el Diego Portales, y pedía hablar con el coronel Sergio Badiola, quien fue director de este organismo entre enero y marzo de 1977. “Pues coronel, cómo es posible que me estén bloqueando la señal mientras estoy transmitiendo a España”, le decía el director de EFE. Badiola respondía: “No, cómo se le ocurre. Eso no puede ser, revise bien, debe tener alguna falla técnica”. Entonces Hortelano, que sabía que no existía ninguna falla, le advertía que llamaría al embajador.

“A los dos minutos la máquina volvía a funcionar normalmente. Eran cosas muy grotescas las formas en como te amedrentaban”, recuerda Bustos.

María Teresa Larraín dice que durante los primeros meses del régimen los editores nunca permitieron que un periodista informara sobre las torturas practicadas por los aparatos de inteligencia del Estado. “Todavía recuerdo el caso de un farmacéutico, en Concepción, en el que fui testigo cuando la DINA metió en un auto a un joven, quien me gritó que por favor avisara a su familia Necochea. Al otro día, “El Mercurio” informó que este joven había muerto por un ajuste de cuentas de droga. Además de omitir, mentían y condenaban la honra de la familia”, cuenta Larraín.

Fueron 17 años en los que los periodistas debieron utilizar diálogos en clave e interactuar con códigos, asegura. “Por ejemplo, cuando una persona había sido detenida y terminaba en el hospital por las torturas, recibías un llamado que te avisaba que la tía Euralia había sido operada de apendicitis. Que estaba en la cama tres del Hospital Salvador; eso significaba que una persona que había sido torturada. Hubo muchos médicos que hacían estos llamados a los periodistas”, indica la periodista.

La encrucijada

Tal como señala el Informe de Verdad y Reconciliación o Informe Rettig, presentado por el ex Presidente Patricio Aylwin en 1991, la existencia de un clima de inseguridad y de temor sobre los medios y comunicadores provocó una actitud de autocensura que fue el mecanismo de control más utilizado, sin perjuicio de otras medidas, tales como la censura previa o el retiro de ejemplares de la circulación pública, sobre todo en los medios menos proclives al régimen militar.

“Los medios de comunicación, ya por control o autocontrol, ya en forma espontánea, siguieron adhiriendo en forma relativamente incondicional al régimen, sin formular críticas a su

gestión por la situación de los derechos humanos en Chile”.⁶³

De este modo, la prensa reprodujo las versiones oficiales de sucesos relacionados con detenidos desaparecidos “que pretendieron ocultar la responsabilidad de agentes del Estado chileno y que fueron presentadas como la ‘verdad’ de lo ocurrido, en circunstancias de que, en muchas ocasiones, existían motivos plausibles para dudar de tales versiones”.⁶⁴

El caso más emblemático es el de la revista “Lea” de Argentina y del diario “O’Día” de Brasil, publicaciones que fueron ficticias y que informaron sobre un supuesto enfrentamiento de 119 chilenos “extremistas” que se habrían asesinado entre ellos mismos en un ajuste de cuentas.

Trece años más tarde, el Informe sobre Prisión Política y Tortura o Informe Valech, presentado por el ex Presidente Ricardo Lagos en el 2004, concluye que la prensa sufrió censura y practicó la autocensura, pero también apoyó activamente al régimen militar.

“Criticó a quienes habían sido simpatizantes del gobierno depuesto y contribuyó a validar montajes de la dictadura en contra de sus opositores, a quienes los medios calificaron como terroristas, guerrilleros, apátridas o traidores. De tanto en tanto, los medios intentaron colar algunas críticas veladas a la acción del régimen en materia de derechos humanos, las que eran publicadas con la versión oficial como respuesta o, bien eran motivo de sanciones o reprimendas”⁶⁵, describe el libro “El Diario de Agustín”.

Años antes, en 1976, la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) registraba veinte periodistas y comunicadores asesinados o desaparecidos. En los años siguientes esta cifra aumentaría con nuevos asesinatos, entre ellos el homicidio del periodista José Carrasco, ocurrido el 8 de septiembre de 1986. Además, medio centenar de periodistas fueron convertidos en prisioneros de guerra, alrededor de 300 exiliados y un millar de desempleados.⁶⁶

⁶³ Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Santiago: Secretaría de Comunicación y Cultura, Ministerio Secretaría de Gobierno), febrero de 1991, Vol. II, pág. 971.

⁶⁴ Ídem.

⁶⁵ LAGOS LIRA, CLAUDIA. El diario de Agustín, LOM Ediciones, Santiago de Chile, pág. 9.

⁶⁶ CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. Morir es la noticia, Santiago de Chile, 1997, pág. 31.

¿Cómo fue trabajar en este clima de miedo y violencia institucional para los periodistas de la prensa escrita que permaneció luego del Golpe de 1973?

Raúl Rojas dice que si tuviera que escoger la cobertura más difícil durante los 17 años del régimen militar sería cuando culminó el gobierno de la Unidad Popular: el 11 de septiembre de 1973. “Me dolió porque sentí que una parte de la historia de Chile quedaba atrás. Yo sabía que los juegos de militares no son de señoritas, pero ver el ataque, el contraataque, la presencia de francotiradores por todos lados... Soy de los chilenos que piensa que todos tuvimos un grado de responsabilidad, en mayor o menor medida, para generar ese quiebre”, dice.

Para Rojas, Chile nunca volvió a ser igual después de ese día. “Tuve que elegir entre la natural aprensión por mi persona y mi familia y la obligación profesional. Desde el primer momento, supe que primaría lo profesional y dejé de lado los sentimientos para poder informar”, asegura.

Un día después, a las 23 horas se discutía en la sala de redacción el titular que publicaría al día siguiente “La Tercera”. “Solo dos diarios saldríamos. Yo conocía bastante a los militares y por eso dije que no podíamos hablar de Golpe de Estado, porque a ellos les cargaba ese término. El título más exacto sería ‘Junta Militar tomó el control’, y eso salió. Justamente les encantó ”, recuerda Rojas.

Para el periodista René Durney el episodio más difícil fue cuando lo detuvo la Policía de Investigaciones (PDI) por informar sobre el incidente en el partido de fútbol entre Santiago Morning y Aviación.

“Terminar preso y tener que salir del país por escribir una noticia sobre un partido de fútbol... Como consecuencia, pasar casi 10 años sin ejercer el periodismo, estigmatizado. Ver como los colegas que eran tus amigos se alejaron y me hicieron la desconocida. Cuando llegaba al estadio a reportear se apartaban y me dejaban solo en el medio, para que nadie los viera cerca de un ‘comunista’ que había estado preso. Eso es lo más doloroso que me ha pasado en la vida profesional”, admite.

Cristián Bustos, que cubría Crónica en los primeros años del régimen militar, dice que a pesar de que “La Segunda” era un diario pro dictadura, él también vivió la represión.

Una tarde se encontraba con su esposa en la Plaza Ñuñoa. Él vivía cerca de allí, en un departamento ubicado en la Villa Los Presidentes, en la misma comuna. “Estábamos en un paradero esperando la liebre para regresar a casa y viene un tipo y por detrás me dice ‘así que vives en Los Presidentes 2014, departamento 111’ e inmediatamente se fue”, cuenta Bustos.

Otro mecanismo para amedrentar utilizado por los aparatos de seguridad y vigilancia del Estado era enviar cartas a domicilio. El contenido de los mensajes demostraba que la persona era vigilada y que conocían su rutina. “Un día me llegó una carta que decía cosas de ese tipo. Yo vivía con mi esposa que tenía siete meses de embarazo. Me preocupaba a tal punto que incluso pensé en irme del país. Mi mujer tenía familiares en Canadá y en algún momento hablamos de emigrar allá”, relata Bustos.

“Cuando se presentaban recursos de amparo en los Tribunales de Justicia todo el mundo sabía que era un saludo a la bandera, porque en ese tiempo el Poder Judicial estaba totalmente entregado a la dictadura. Cuando hablaba el abogado de derechos humanos u otra fuente, había seis personas con grabadoras y nosotros sabíamos que éramos solamente cuatro los periodistas”, recuerda.

“Tuve colegas que estuvieron presos, los iba a ver a Capuchinos. Había periodos en que se suspendía la libertad de prensa y se aplicaban restricciones; el que no las respetaba se iba preso. O cuando se levantaban querellas por algún reportaje y mientras salía el fallo final, el periodista tenía que ir a prisión”, cuenta José Gai.

Para Myriam Fernández, el episodio más crítico fue el 30 de agosto de 1983. Ese día, el intendente de la Región Metropolitana, general Carol Urzúa, viajaba temprano en su vehículo, acompañado de su chofer y un escolta. Al llegar a la avenida Apoquindo, el auto fue atacado por integrantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). El general, junto a sus acompañantes, fue acribillado en el lugar.

Fernández fue a reportear la reconstitución de escena del asesinato junto a un reportero gráfico. “Me conseguí la casa de una amiga que vivía justo al frente, porque los medios no podíamos pasar. Eso sí, el lugar estaba acordonado por policías y gallos de la CNI”, recuerda.

Los dos reporteros de LUN tuvieron que fingir que eran pololos y esconder la grabadora y la cámara con recelo. “Íbamos cagados de susto. Nos detuvieron y preguntaron a dónde íbamos. Les dije que mi tía vivía justo en esa casa y por suerte, nos dejaron pasar. Vimos todo desde el balcón, fuimos el único medio de prensa que obtuvo tanto detalle. Al otro día, salimos con cuatro páginas y unas fotos gigantes en la portada”, dice.

CAPÍTULO IV: LA RECONVERSIÓN DE LA PRENSA

La prensa de oposición

Al mismo tiempo que las Fuerzas Armadas conforman una Junta Militar para tomar el control del gobierno, éstas ordenan el desmantelamiento de la prensa política⁶⁷ que existía hasta el 11 de septiembre de 1973. Los militares clausuran diarios, revistas y editoras de partidos de izquierda o del depuesto gobierno de la Unidad Popular. Desaparecen “El Siglo”, “Ultima Hora”, “Puro Chile”, “Clarín”, “El Diario Color” de Concepción, medios a los que incluso son incautados sus maquinarias y edificios. En tanto, “La Nación”, y Editorial Quimantú son intervenidos por las nuevas autoridades y modificados sus productos. Otros diarios como “Tribuna” o “La Prensa” (de tendencia de derecha), no fueron expropiados pero cierran más tarde por causa de presiones políticas y económicas.

En el caso de las revistas, se eliminan todas las expresiones de grupos o tendencias políticas. Las publicaciones de izquierda, como “Punto Final”, “Principios”, “Ramona”, “Paloma” o “Chile Hoy”; y otras de derecha, como “PEC” y “Sepa”.

René Durney piensa que la tradición democrática de 150 años que tenía el país hasta el 11 septiembre de 1973, hizo pecar de ingenuos a los chilenos. “Nadie se imaginó las consecuencias, ni siquiera los más acérrimos defensores del golpe. Ellos sabían que podía haber un pronunciamiento militar, pero para mantener el rol del Estado y las instituciones. Nadie se imaginó el nivel de represión y la censura violenta que habría durante 17 años, en que se asesinó,

⁶⁷ NAVARRO ARTURO. El sistema de prensa bajo el régimen militar (1973-1986) (Santiago: Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea e Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), 1986), pág.128.

torturó y se hizo desaparecer a personas. Ese fue el gran error de la prensa en general, incluido los dueños de los diarios más importantes”.

María Teresa Larraín asegura que el desmantelamiento de la prensa provocó un quiebre entre los periodistas de los distintos medios de comunicación. “Hasta 1973 siempre hubo un gran respeto entre colegas. Después nos separamos, no era que nos insultáramos pero a varios se les cayó la careta. Por ejemplo, el caso de Claudio Sánchez, quien fue mi compañero en la universidad. La actitud que tuvo para el 11 de septiembre como reportero, con la cámara metida en el Estadio Nacional y enfocando a la gente llorando, desesperados. ‘Estos son los que nos iban a matar’, les decía a los televidentes. Fue impactante, una imagen que nunca más se me borró”, dice.

Con la desaparición de la prensa política se instala un sistema donde “se conservan sólo las expresiones de empresas privadas y/o personas afines al nuevo régimen que no aparecen vinculadas a organizaciones políticas”⁶⁸, describe el sociólogo y periodista Arturo Navarro en “El sistema de prensa bajo el régimen militar (1973-1986)”.

Estas son la empresa El Mercurio SAP y su cadena de diarios, “La Tercera”, la gran mayoría de los matutinos de provincia, las revistas “Ercilla” y “Qué Pasa”, la Editorial Lord Cochrane; medios de propiedad del Estado o del gobierno tales como el Diario Oficial, Editorial Gabriela Mistral (ex Quimantú), Editorial Jurídica y la revista “Mensaje”, vinculada a la Iglesia Católica, fundada por el padre Alberto Hurtado y de propiedad de la Compañía de Jesús.

Para Navarro, el desmantelamiento de publicaciones políticas constituye una primera etapa por la que transitó la prensa chilena después del golpe militar. Años más tarde, a partir de mayo de 1975, surge una segunda fase: la necesidad de una prensa no oficialista. Dicho escenario estuvo marcado por el comienzo de la actividad informativa de otros medios de comunicación, periodistas, iglesias, centros de estudios y partidos políticos. “Sin embargo, no son públicamente conocidos los mecanismos para crear esta prensa no oficial. Paralelamente, el gobierno comienza a usar métodos como la censura, la requisición y la clausura (Radio

⁶⁸ Ídem, 129p.

Balmaceda), para manifestar su voluntad congeladora”⁶⁹, señala el autor.

“Los colegas de izquierda muchos años han intentado presentar a los que nos quedamos trabajando en dictadura como cómplices de ésta. Sin embargo, ayudamos bastante a los periodistas de izquierda. Por ejemplo, yo llevé a ‘La Tercera’ a Juan Ibáñez, quien fuera el jefe de información y radiodifusión de la presidencia del gobierno de Allende. También lo hice con el secretario de redacción de ‘El Siglo’ y con Jaime Vargas, otro colega de un medio de Concepción. Por todos puse orgullosamente mi aval, porque una cosa es ser de izquierda y la otra, una persona honesta. En ‘La Tercera’, después de que asumió la Junta Militar no se despidió a colegas de izquierda, al contrario, se recibió a muchos de ellos”, opina Raúl Rojas.

En julio de 1976 surgen dos medios impresos que serán protagonistas en una tercera etapa descrita por Navarro: los primeros medios no oficialistas. La revista “Solidaridad”, del Arzobispado de Santiago, creada bajo la supervisión del cardenal Raúl Silva Henríquez. También “Apsi”, que partió como un boletín de análisis internacional, y que fue el primer medio nuevo autorizado por Dinacos (Dirección de Comunicación Social).

En esta misma etapa, un año después nace la revista “Hoy”, luego de un bullado conflicto entre su director, acompañado de la mayoría del equipo, y los propietarios de la revista Ercilla.

Paralelamente, la prensa escrita comienza a tomar mayores riesgos en sus publicaciones. “En la mayoría de los diarios había una sección llamada Chile en el exterior. Allí, en un espacio mínimo, ponían noticias sobre las críticas de la comunidad internacional hacia el régimen militar”, recuerda José Gai.

En agosto de 1977 la Junta Militar anuncia al país la voluntad de dar cierta legalidad al país, bajo las indicaciones del Plan Chacarillas. Este incluía nuevas disposiciones para la legalización de la prensa: entran en escena otras publicaciones no oficialistas, como la “La Bicicleta”, “Análisis” y “Haciendo camino”.

⁶⁹ Ídem.

María Teresa Larraín recuerda que hasta 1976 la censura practicada en el ex edificio Diego Portales era diaria y sistemática. Luego, cuando la revista “Ercilla” destapó el caso de los hornos de Lonquén en 1978, el hallazgo de los restos de 15 hombres detenidos en distintas circunstancias en 1973, el gobierno aflojó esta mordaza implacable en los medios de comunicación. “La Junta Militar no pudo hacer más. Lo mismo ocurrió con el caso de la muerte de Orlando Letelier; las yayas comenzaron a salir a la luz pública. Mientras, la prensa internacional publicaba lo que los periodistas chilenos no se atrevían a escribir”, comenta.

“En esos nuevos medios salieron las primeras publicaciones sobre los detenidos desaparecidos. Siempre me preguntan: ¿Pero los periodistas no se daban cuenta de lo que estaba pasando en Chile? La respuesta es no. No nos dábamos cuenta. La mayoría de la gente no tenía idea. Ese fue el gran mérito de la prensa de oposición, que fue muy valiente pues te exponías a que te mataran, como le pasó José Carrasco Tapia en 1986, editor de la revista “Análisis”, dice Myriam Fernández.

Pese a la censura de Dinacos y a la represión institucional, hubo muchos periodistas que ejercieron la profesión en estos medios opositores al régimen. “Ellos publicaron artículos en un mural o en una fotocopia, que trataron de hacer del periodismo algo funcional a lo que estaba pasando. Aciertos de Patricia Verdugo, que comenzó a escribir libros, igual que Mónica González y María Olivia Mönckeberg. La revista ‘Hoy’, el diario ‘La Época’, entre otras publicaciones, salieron de las esferas de los diarios oficiales e informaron dentro de lo posible”, reflexiona María Teresa Larraín.

Estos nuevos medios de comunicación hicieron mucho ruido. Por eso, Dinacos negó la aparición de “Gente Actual” y el libro “Lonquén”. En junio de 1978 fue clausurada “La Segunda” por 48 horas y “Hoy” por dos meses. El período de *legalización de la prensa* cierra con la dictación de la Constitución de 1980 que establece:

“Toda persona natural o jurídica tiene el derecho de fundar, editar y mantener diarios,

revistas y periódicos, en las condiciones que señala la Ley”⁷⁰ Esta garantía es modificada por el artículo 24 transitorio, uno de los XX artículos transitorios con los que gobernó Augusto Pinochet, a pesar de estar vigente la Constitución y que le servía de vía rápida para dictar estados de excepción y expulsión de personas.

No obstante, esta legalización del país permite la legitimación de hecho de aquellos medios no oficialistas que preexistían a la dictación de la nueva Carta Fundamental.

Esto dotó de mayor respaldo a la prensa opositora. "Había varios colegas a los que les desesperaba trabajar en medios afines a la dictadura, pero eran jefes de hogar. El miedo a no tener trabajo es una cosa aceptable y comprensible. De todos modos, muchos tampoco actuaban en contra. Por ejemplo, si había una información que no se podía publicar en “La Tercera”, muchos de nosotros la pasábamos a otros medios que eran alternativos, por ejemplo la revista ‘Apsi’ o ‘Análisis’. Pero otros, pudiendo contribuir con un grano de arena, no lo hicieron”, cuenta Larraín.

Raúl Rojas piensa que aquellos periodistas que asumieron una trinchera política durante la dictadura “contaminaron” la profesión. “El periodismo independiente o no militante, no partidista, se extinguió y cada uno tenía una posición, a favor o en contra, y el otro era considerado un enemigo. Todavía existe esa politización, eso que si tú no piensas como yo te odio y eres mi enemigo. No tiene razón de ser, si uno puede ser amigo de todos sus colegas. A mi me pasó que hubo algunos que conocía de toda la vida y de repente me quitaron el saludo”, relata.

Para Claudio Bustos, los medios de oposición tuvieron un rol muy destacado, lo que confirma que un buen periodismo contribuye a sociedades más justas y democráticas. “Lo que se denominó abiertamente prensa opositora (casos revistas ‘Análisis’, ‘Mensaje’, ‘Apsi’, diario ‘Fortín Mapocho’, ‘La Época’, radios Chilena, Umbral y Cooperativa entre otras), permitieron que los abusos del régimen militar en materia política y violaciones a los DD.HH. al menos tuviesen un freno, y que la opinión pública se formara una opinión de lo que sucedía en el país, que era ocultado y tergiversado por los medios de comunicación oficiales”, comenta.

⁷⁰ Ídem.

Según Bustos, el ejercicio informativo de dichas publicaciones impulsó a medios como “El Mercurio” y “La Tercera” a mejorar la calidad de la información y a abrir espacios a visiones que no fueran únicamente las oficiales del régimen.

“No olvidemos que hasta varios años después del Golpe de Estado, en esos diarios aún se hablaba de presuntos detenidos desaparecidos. La prensa de oposición cumplió además un hito relevante en lo que se refiere a discutir el modelo neoliberal a ultranza que se impuso en Chile. Finalmente, también le cupo un rol relevante en la discusión del modelo institucional de la dictadura y que se expresó durante el año 1988 con el llamado a Plebiscito, donde cumplió un papel desmitificador que aportó al triunfo del No”, agrega Bustos.

Mónica Rodríguez cuenta que, durante los 17 años de dictadura, por las noches tuvo un sueño recurrente. “Me veía huyendo por una casa de los suburbios del centro, me metía por el entretecho porque me perseguían. Después de años dilucidé que soñaba eso porque sabía lo que estaba pasando con mis compañeros y amigos que daban la pelea contra la dictadura. Afortunadamente, aunque yo era una persona de izquierda, nunca viví la persecución real, pero muchos de mis colegas sí”, relata.

Revolución tech en la sala de redacción

Antes de la digitalización de la prensa chilena, modernización que lideró la empresa El Mercurio SAP con el traslado a las nuevas oficinas y talleres de Lo Castillo en 1983 y el uso de computación en casi todos los procesos del diario en 1981. Reinaban las románticas máquinas de escribir y las linotipias que desaparecieron, aventadas por la informática. Más tarde, otros medios de comunicación comenzaron a replicar el uso de las nuevas tecnologías.

El proceso de producción periodística fue variando notablemente con la llegada de la computadora a los diarios. Este aparato vino a revolucionar las fases de redacción y de composición, asimismo a cambiar el proceso de la impresión con la introducción del offset. Todo esto modificó los tiempos de producción y el trabajo de los linotipistas y periodistas.

“Yo ejercí el periodismo de papel, donde había un chongero⁷¹, que estaba encargado de vaciar el canasto con los desechos de la máquina de escribir. Generalmente, cuando te iniciabas en prensa lo hacías como chongero. Éste tenía que seleccionar los papeles que servían y los que no, porque de repente el télex (que transmitía los cables de agencias nacionales e internacionales) tiraba y tiraba hojas. Si querías entrar a trabajar a un diario era lo primero que tenías que hacer, aunque hubieras pasado por la universidad”, dice María Teresa Larraín.

Raúl Rojas cuenta que en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, donde estudió, había una sala exclusiva de máquinas de escribir. “La Underwood era una máquina clásica y resistente, pero tenías que escribir a fierrazos para lograr usar una tecla. Estas eran las antecesoras al modelo Olympia, más modernas, livianas y con bonita tipografía”, dice.

En el edificio de Compañía, recinto operativo de la empresa El Mercurio SAP, existían unos talleres de linotipia enormes. “Había que llevar la página diagramada con la foto y el texto, y entregársela al jefe de taller, que era un linotipista. Éste registraba su ingreso, le sacaba una foto y la dejaba en una plancha, una impresora donde finalmente salía el diario”, cuenta René Durney.

“La linotipia era una máquina con una caldera que tenía plomo, éste se derretía y con unas cajas se hacían las líneas de las letras, que quedaban grabadas a fuego. Entonces, se componía la línea en la misma página. La platina se hacía en caliente y los linotipistas escribían y grababan eso; pero lo hacían al revés. Ellos tenían una gran habilidad: leían al revés. Así encontraban los defectos y errores de ortografía o tipeo”, puntualiza Durney.

Un oficio maravilloso, pero tóxico. “Muchos de los linotipistas morían de cáncer porque trabajaban con plomo derretido y lo respiraban todo el día”, agrega el profesional.

El proceso de modernización no fue de la noche a la mañana, sino que se dio de forma paulatina. “Primero funcionó mitad computación y mitad talleres, y de a poco se fue renovando todo. Antes los linotipistas recibían las páginas de forma manual y luego se las enviaban por

⁷¹ Chonguero es un término que se refiere al más bullicioso. Era el encargado de alimentar la calandria en la vieja impresión con tipos. El que trasladaba el antimonio y el plomo a los depósitos de las linotipias. También era el que sacaba las hojas de prueba para los correctores después de entintar la página con un rodillo.

sistema digital”, agrega Fernández.

José Gai afirma que la llegada de los computadores marca Harris a “Las Últimas Noticias” en 1981 fue un descalabro para el personal. “Eran inmensos, parecían buques. ‘LUN’ fue el conejillo de indias de los adelantos tecnológicos. Los probaban allí para que todo saliera bien después en ‘El Mercurio’. Debutó la computación y la tira en papel fotográfico, que reemplazaba a la composición en caliente”, relata. Al mismo tiempo estrenaron las fotografías a color, todo un lujo para la época.

“Varios de los linotipistas pasaron a ser compaginadores de taller para armar las plantillas en papel fotográfico y los espacios donde iba a entrar la foto. Es decir, hubo una reconversión del personal”, destaca Gai.

En los 80 también llegaron las grabadoras de voz electrónicas, que dejaron atrás las viejas “Uher” de 22 kilos y aquellas con cintas redondas, las que “no tenían la tecla de stop o pausa”, según cuenta María Teresa Larraín. “Por eso era muy valioso poseer buena memoria, para captar la mayor cantidad de información y no perder tanto tiempo escuchando la cinta”, agrega.

Antiguamente, muchos periodistas estudiaban taquigrafía, la técnica que consiste en escribir tan deprisa como se habla, pero por medio de signos y abreviaturas. Pero la taquigrafía comenzó a quedar atrás a comienzos de los 50. “Hoy, con las modernas grabadoras, se estima innecesaria”, dice Larraín.

En “La Tercera” la computación llegó en 1986. “Fue dramático. Al comienzo muchos creyeron que vendría el caos. De hecho, muchos colegas se retiraron, ni siquiera soportaron la idea del cambio. Recuerdo que me planteé dos caminos: me quedaba en el pasado o me modernizaba. Esto de la computación no me la iba a ganar, tenía que sobrevivir”, recuerda Raúl Rojas.

La primera generación de computadores que llegó a las salas de redacción eran aparatos enormes. A “La Tercera” arribó el Macintosh en 1986. “La alternativa fue modernizarse,

jubilarse o cambiarse de oficio. Yo elegí sobrevivir”, agrega Rojas.

Para comprender los alcances de esta revolución tecnológica en el proceso periodístico es necesario hacer una comparación entre el antiguo sistema o tradicional, versus el nuevo, que arribó a Chile en los 80.

El sistema tradicional, conocido como producción “en caliente”, se caracterizaba por la utilización de linotipos. Para realizarlo era necesario utilizar el linotipo, verter plomo derretido y hacer un estereotipo de plomo, lo que era conocido como tipografía. En cambio, el sistema nuevo o “en frío” correspondía al método que utilizaba papel fotográfico. Podía ser fotocomposición, impresión de máquina de escribir común y corriente o tipografía láser.

En el sistema antiguo o tradicional, los periodistas escribían sus notas en una máquina de escribir. Luego, en la mesa de redacción organizaban, revisaban y seleccionaban ese material que obtenían a través de las diversas fuentes que cubría el diario, y de los cables que recibían de agencias internacionales de prensa.

Esta información era transportada en calidad de “hueso”, como se le llamaba en la jerga periodística a los correctores, quienes revisaban la ortografía y el estilo de la nota. Posteriormente, ésta era llevada a los talleres, donde al mismo tiempo llegaban los anuncios enviados desde el departamento de publicidad. Las notas eran distribuidas entre los linotipistas, quienes las ponían en la máquina y se sentaban frente a un tablero de 90 teclas, 30 negras con las minúsculas, 30 azules con signos y números y 30 teclas blancas de mayúsculas⁷², según se detalla en el libro “Prensa y nueva tecnología”.

Luego, el linotipista dejaba caer las matrices o moldes de metal, una por cada letra, y las acomodaba en forma lineal. Para esto, se ajustaban las letras que componían una línea, usando cuñas entre palabra y palabra, hasta completar la longitud de la justificación. Al terminar este procedimiento vertían el plomo derretido y quedaba lista una línea de texto en metal. Se usaba

⁷² MENÉNDEZ A.M y TOUSSAINT F. Prensa y nueva tecnología, Editorial Trillas, 1989, México D.F., pág. 20.

una aleación de plomo, antimonio y estaño para confeccionar textos y titulares⁷³.

Las galeras eran el resultado del trabajo del linotipista, y eran revisadas por un corrector. Luego de que el material era corregido, regresaba a rehacerse. Después, las fotos y la publicidad se pasaban por una aleación de zinc y se colocaban junto con los textos; esto lo hacía un cajista o pegotista, quien organizaba la presentación final de la página. Dicho proceso era conocido como enramado. La rama de hierro estaba provista de cuñas y tornillos, dentro de la cual se colocaban y justificaban los elementos físicos de la página periodística.

La rotativa era una máquina de gran tamaño que combinaba cilindros de impresión, cilindros de papel y depósitos de tinta. Ésta era la última etapa de confección de los periódicos modernos. Además de las ventajas de su velocidad, esta máquina permitía doblar y contar los periódicos. Después de pasar por el proceso de impresión, los ejemplares de los diarios que iban saliendo de las bandas de las rotativas, eran empaquetados y pasaban al proceso de distribución.

En términos generales, ese era el proceso de impresión conocido como tradicional, que implicaba un trabajo que consumía una mayor cantidad de tiempo en relación con los procesos modernos. El paso de una etapa a otra llevó mucho tiempo y estuvo sujeto a un sinnúmero de errores humanos, que debían ser corregidos sobre la marcha. El personal para este tipo de tareas debía ser muy especializado; de hecho, los linotipistas llegaron a constituirse en una élite dentro del gremio periodístico, pero terminó extinguiéndose con la modernización de la prensa. Todo el recambio significó también mucha cesantía para las áreas de producción de los diarios y revistas.

Balance del rol de la prensa en dictadura

Después de octubre de 1980 y hasta la llamada apertura política, transcurre el quinto período, según establece Navarro: la Constitución de 1980 y el “boom” de las publicaciones. En esta etapa se crean nuevas publicaciones pese a las restricciones vigentes, las que eran más severas respecto del contenido político o de editores con vinculaciones políticas. Nacen las

⁷³ Ídem, 24p.

revistas especializadas que cubren el sector de economía y finanzas “Estrategia” y “Gestión”. La revista “Cosas”, que es fundada en 1977 como “internacional”, comienza a publicar entrevistas de corte político, razón por la cual alcanza una alta circulación.

“La Tercera” certifica casi 400 mil ejemplares los domingos y más de 300 mil los días de semana en 1981. “Hoy” tiene un tiraje 25 mil de promedio mensual, la revista infantil “Condorito” llega a superar los 100 mil ejemplares por edición, mientras que la revista femenina “Vanidades” verifica más de 35 mil ejemplares quincenales y la revista de lectura “Selecciones del Reader’s Digest” alcanza los 38 mil ejemplares al mes.⁷⁴

La arremetida de estas nuevas publicaciones, que se convierten en un nuevo nicho para la publicidad, viene acompañada de grandes inversiones en maquinarias y equipos por parte de las empresas, producto de la alta circulación de estos productos editoriales.

Principios de 1985. No es un buen año para la empresa El Mercurio SAP. Su deuda alcanza los US\$128 millones, producto de la caída del total de la inversión publicitaria de US\$513 millones a US\$359 en 1982, entre otros factores. “El 17 de enero de 1985, luego de que Agustín Edwards entregara en garantía todos sus bienes personales, se llegó a un acuerdo con los acreedores consistente en renegociar la deuda a un plazo de diez años plazo, pagando intereses a razón de UF más 7% anual, pero amortizando sólo un 30% del capital. El 70% restante tiene diez años de gracia”, explica Navarro.⁷⁵

En esta etapa, los medios no oficialistas comenzaron a anunciar el fin de la bonanza económica y, a la vez, a tener mayor participación en el mercado de la circulación de revistas.

Paralelamente, la autoridad decretó la Ley 18.015, que establece sanciones de cárcel y multa en dinero a quienes vulneren las restricciones de fundar, editar y circular nuevas publicaciones. “Apsi” sufre todo el peso de la ley; su director es amenazado por Dinacos y se le impone que vuelvan a tratar sólo temas internacionales. Este caso tuvo un largo proceso en

⁷⁴ NAVARRO ARTURO. El sistema de prensa bajo el régimen militar (1973-1986) (Santiago: Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea e Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), 1986), pág.130.

⁷⁵ Ídem, 131.

Tribunales; mientras, mantenían suspendidas las publicaciones de esta revista.

La sexta etapa del sistema de prensa en dictadura teorizado por Navarro es la apertura política y se sitúa en diciembre de 1983. El entonces ministro del interior Sergio Onofre Jarpa, ex parlamentario y dirigente de derecha, quien fue puesto por Pinochet en el cargo en momentos muy difíciles de protestas masivas y gran ofensiva de dirigentes opositores al régimen, autoriza la creación de la revista “Cauce”, como muestra de la incipiente flexibilidad del gobierno, que cambiaba su estrategia en una dirección aparentemente menos autoritaria y coercitiva.

“El gobierno militar comienza a autorizar la creación de nuevos medios y a aflojar la mano debido a las protestas. Los periodistas de los medios opositores la vieron negra; los cerraban, perseguían y detenían”, dice Myriam Fernández.

Investigaciones sobre las acciones de la familia del Jefe de Estado, general Augusto Pinochet, y otras denuncias sobre las rencillas entre miembros de la cúpula fueron divulgadas por la revista “Cauce”, que llegó a vender hasta 60 mil ejemplares quincenales, cuando “Hoy” vendía la mitad y “Apsi” casi un tercio.⁷⁶ El destape de los escándalos protagonizados por la autoridad impulsó al gobierno a modificar la antigua Ley de Abusos de Publicidad, aumentando sus penas y añadiendo nuevos delitos relativos a la vida privada y la honra de las personas y sus ascendientes y descendientes.

El periódico “Fortín Mapocho”, un semanario tabloide que convocaba a personalidades de todas las corrientes opositoras, vino a completar un bloque de prensa activa que “constituyó una novedad en el sistema de prensa post-73, pero que llevó a estos periódicos al círculo de cada vez mayor represión oficial o paraoficial y mayor venta”⁷⁷, dice Navarro.

El 6 de noviembre de 1984 ocurre un nuevo episodio oscuro en la prensa, un “nuevo once de septiembre”, según Navarro. Esta fecha marca el inicio de la séptima etapa, denominada el estado de sitio. “El período más represivo para la prensa, desde 1973, comienza con la aparición de un nuevo diario: ‘La Cuarta’. Son impedidos de circular ‘Análisis’, ‘Apsi’, ‘Cauce’, ‘Fortín

⁷⁶ Ídem, 132p.

⁷⁷ Ídem.

Mapocho’, ‘La Bicicleta’, y ‘Pluma y Pincel. ‘Hoy’ es sometido a censura previa y los demás medios son expuestos a la autocensura. Una edición de la publicación semanal dirigida a los niños fue suspendida por la definición de soldado que entregaba⁷⁸”, relata Navarro.

Con el fin del Estado de Sitio, en mayo de 1985, la situación se normalizó y reaparecieron casi todas las publicaciones, con excepción de “Pluma y Pincel”. La revista “Cauce” sufrió dos veces el cambio de su director y severas modificaciones en el equipo de su directorio, mientras que “Fortín Mapocho” también sacó a su director.

En 1986 aparecen dos nuevas revistas: “Primer Plano” y “Alternativa”. La primera era del tipo “Cosas” y publicada por la editorial de la mencionada revista. En el terreno de los diarios, el permiso para “La Época”, solicitado por los editores de “Hoy”, fue resuelto y este diario apareció el 18 de marzo de 1987.

A 43 años del golpe de Estado perpetrado por las Fuerzas Armadas y respecto al balance del rol de la prensa en la época de dictadura, Raúl Rojas dice que “los medios de comunicación que continuaron funcionando en general cumplieron su rol, que consistió en informar o tratar de informar objetivamente y en luchar contra las restricciones, en la medida de lo posible. Simplemente, defendieron su derecho a la existencia. Un país no puede funcionar si no cuenta con medios informativos. ¡Alguien tenía que seguir trabajando en el campo de la noticia!”.

Durney, a diferencia de Rojas, es muy severo respecto al rol que tuvieron sus colegas de la prensa oficialista. “Su gran pecado, durante y después de la dictadura, fue tapar el sol un dedo. No entiendo cómo no les da vergüenza a los periodistas de derecha, esos que se prestaron para los simulacros y montajes. Cómo andan tranquilos por la calle, cómo escriben o dan la cara y no se arrugan un poquito. Me da escozor periodístico. Por último, haber seguido el camino de los que decidieron retirarse para no afrontar la historia y no asumir que defendieron una cosa indefendible, repudiable en todo el mundo”.

“Algunos medios exageraron su rol y se mostraron obsequiosos y hasta, en alguna

⁷⁸ Ídem, 133p.

ocasión, difundieron informaciones falsas o erradas, por las que fueron denunciados en su oportunidad. Pero precisamente esto confirmó que la mayoría procedió con rectitud. Para opinar hay que situarse en el contexto de la época. Todos deberían asumir su responsabilidad, antes de juzgar: tanto los que se exiliaron como los que se quedaron. Y, sobre todo, terminar con un clima de odiosidades que aún no desaparece, salvo honrosas excepciones”, rebate Rojas.

Según José Gai, era muy difícil hacer un periodismo “real” durante la dictadura militar. “Estaban los periodistas que se expresaban y los que trabajaban en función de los intereses del dueño del medio. Muchos colegas aceptaron las limitaciones y no trataron de empujar un poco, avanzar o atreverse más. Creo que muchos pudieron hacer algo, pero aceptaron las condiciones felices. Eso sí, hubo aportes individuales de quienes intentaron correr la cerca al interior de los medios oficialistas”.

“Me saco el sombrero ante los periodistas que se atrevieron a salir a la calle, que lucharon por los derechos humanos y que trataron de que sobreviviera el respeto por la profesión, aunque eso implicara arriesgar sus vidas”, dice Mónica Rodríguez.

Cristián Bustos, cuyo inicio en el ejercicio de la profesión coincidió con el periodo de dictadura, y siempre mantuvo la esperanza de que con la llegada de la democracia el escenario cambiaría. “Pero eso no ocurrió. Sectores de la propia Concertación definieron que esa prensa que había luchado contra el régimen militar no podía continuar en la medida que consideraban que era una democracia frágil (especialmente en el primer gobierno de Aylwin 1990-1994) y que no podían correr riesgos y la fueron asfixiando y estrangulándola hasta hacerla desaparecer casi totalmente”, reflexiona.

Y agrega: “Creo que como periodistas fueron mayores los aciertos que los errores que pudimos haber cometido en dictadura. Habría que haber vivido esa época para entender las circunstancias en que tuvimos que desenvolvernos y donde la gran mayoría cumplimos una labor profesional, a pesar de las dificultades y restricciones que nos tocó vivir”.

Panorama mediático

En la actualidad, una de las principales empresas periodísticas del país es El Mercurio SAP., de propiedad mayoritaria de Agustín Edwards Eastman.

Dicha empresa tiene controlados, por la vía de la propiedad, a quince diarios en todo Chile: dos de circulación nacional, “El Mercurio”, “Las Últimas Noticias”, y catorce regionales: “La Estrella de Arica”, “La Estrella de Iquique”, “El Mercurio de Antofagasta”, “El Mercurio de Calama”, “La Prensa de Tocopilla”, “La Estrella del Norte”, “La Estrella del Loa”, “El Mercurio de Valparaíso”, “La Estrella de Valparaíso”, “La Segunda de Santiago”, “El Diario Austral de Temuco”, “El Diario Austral de Valdivia”, “El Diario Austral de Osorno” y “El Diario Austral de Puerto Montt”. A eso se suma “La Segunda”, vespertino que circula sólo en Santiago.

Para la edición, la cadena cuenta con 15 equipos periodísticos en diferentes ciudades del país, un servicio centralizado de documentación y el servicio de siete agencias noticiosas internacionales.

La impresión de esta cadena se realiza en cinco talleres (Arica, Antofagasta, Valparaíso, Santiago –Lo Castillo- y Temuco). Además de los 16 diarios se imprimen 24 suplementos habituales.

La otra gran empresa es el Consorcio Periodístico SA. Copesa, propietario de cuatro diarios de alcance nacional: “La Tercera”, “La Cuarta”, “La Hora”, “Diario Concepción”. Para la edición cuenta con dos equipos periodísticos y el apoyo de servicios de documentación y agencias de noticias. La impresión se realiza en un taller ubicado en Santiago.

Cristián Bustos dice que el periodismo está pasando por una crisis debido a la concentración en la propiedad de pocos grupos económicos. “Estos tienen una preeminencia de tal magnitud sobre los medios de comunicación con el tema de la publicidad y el avisaje, que prácticamente hoy en día hay una prostitución del periodismo y de eso no se salva nadie. Ni la cadena de ‘El Mercurio’, Copesa, o la televisión”, dice.

“Se ha llegado a un nivel -a mí me consta- de que se levantan notas que pueden afectar a

determinados dueños de empresas. El periodismo no supo cuidar ni cautelar su independencia frente a los poderes económicos, políticos y fácticos”, asegura.

Para Raúl Rojas, actualmente el periodismo incursiona mucho en lo “banal”. “Demasiada alfombra roja, excesiva dependencia de la pauta que impone la TV, con la cual se retroalimenta el resto de los medios de comunicación. Se abusa del mecanismo de los “cazanoticias”, que puede ser positivo, en algunos casos, y altamente negativo en otros”, comenta.

Muchas relaciones públicas, cuenta Mónica Rodríguez. “Y las faltas de ortografía que aparecen en televisión o en los diarios, además de la agenda temática. Yo prefiero los medios comunitarios porque allí encuentro la información que me interesa”, agrega.

Según María Teresa Larraín, la supresión de las facultades de los colegios profesionales que se dictaminó en dictadura liquidó la relevancia y el rol de éstos en la sociedad. “En el pasado tenían mucha fuerza en Chile. Pero nos quitaron la capacidad de juzgar la ética y la responsabilidad valórica que solíamos tener. Por ejemplo, antes el Colegio de Periodistas luchaba por aranceles dignos para el periodista”, opina.

“El gran pecado de la prensa actual es que la mayoría de los periodistas replican la información y no investigan por su propia. Te enteras de lo mismo en todos lados. Antes era muy agradable leer los diarios, todos con un distinto enfoque. Si había cinco diarios, cinco enfoques distintos; los leías y quedabas absolutamente informado. El periodismo de hoy es livianito, y la gente juzga eso”, opina René Durney.

Presente

La periodista Myriam Fernández fue despedida el año 2000 tras 20 años de ejercicio en el diario “Las Últimas Noticias”, de la cadena El Mercurio. Cuando salió de la empresa decidió que nunca más volvería a trabajar en la modalidad dependiente y le dijo adiós a los horarios.

Ella afirma que el ejercicio de la memoria, o de revisar el pasado, tiene que ver con valorar el presente. En ese sentido, dice que si hay que darle un mérito al “gobierno militar” es

que abrió Chile al mundo. “Éramos un país muy pobre. Entonces, en los últimos años del régimen viene esta revolución: la apertura económica. Llegaron las empresas extranjeras. El chileno conoció el mall, empezó a vestirse distinto, ir al supermercado, los sueldos subieron, podía comprarse un auto y comenzar a viajar”, describe.

¿Qué pasó? Según Fernández, el poder adquisitivo del chileno aumentó y “embelesado” con esta apertura económica hizo vista gorda a los acontecimientos internos del país. Esto, sumado a la desinformación de los medios de comunicación, llevó a madurar un incipiente individualismo que comenzaba a arraigarse en la sociedad chilena. “La gente tenía dos opciones: reclamar que tomaron preso al vecino y meterse en problemas, o ignorarlo, hacerse el leso para mantener su propia estabilidad”, comenta.

Hace 12 años que ella trabaja de forma free-lance; es editora de “In Vitro”, una revista de salud que escribe desde su casa. “Las redes sociales son una plataforma tremenda de información y expresión. El mundo ahora es mucho más exigente y los medios de comunicación tienen que estar a la altura”, cierra Fernández.

José Gai, quien fue editor nocturno y jefe de información en “Las Últimas Noticias”, se retiró del periodismo para dedicarse a la ilustración, al humor gráfico y a la escritura independiente. Su novela “Las manos al fuego”, obtuvo el premio José Nuez Martín de la Universidad Católica de Chile a la mejor novela editada en el país en 2005-2006. Además, “Los Lambton”, ganó el premio 2010 del Consejo Nacional del Libro a la mejor novela publicada en Chile.

¿En qué está ahora? “Fundamentalmente, proyectos de libros para una editorial, Tajamar: novela y cuento, novelas gráficas (guiones y dibujos míos) y libros de humor gráfico”, comenta Gai.

Mónica Rodríguez, quien fue 30 años periodista de “El Mercurio”, tampoco siguió en la profesión después de negociar su retiro de la empresa. Incluso se fue a vivir fuera de Santiago, a Isla Negra, comuna del Tabo, Quinta Región.

Ella, paralelamente a su trabajo como periodista, estudió consejería familiar, y si bien no ejerció durante mucho tiempo, sí reconoce que la carrera la dotó de herramientas para la inteligencia emocional y el fortalecimiento personal.

“En la actualidad participo activamente de una organización: la Asociación Internacional de Libre Pensamiento, que se creó en la ciudad de Oslo en el 2011. He estado colaborado en todos los congresos anuales, exponiendo distintos temas de la región. Por ejemplo, el año pasado en Montevideo presenté el tema del femicidio y la violencia que va in crescendo contra la mujer, pero particularmente el fenómeno se ha dado con más fuerza en Latinoamérica”, dice Rodríguez.

En 2014, con la llegada de un nuevo director, hubo un remezón de personal en el diario “La Segunda”, donde Cristián Bustos trabajó por 30 años. “Ese año se renovó a todo el equipo, fue un cambio radical. De la antigua camada quedábamos solo cuatro personas. Éramos los sobrevivientes, pero finalmente nos sacaron”, dice.

Luego de ese episodio y con la certeza de que la industria de la prensa escrita estaba pasando por una “crisis”, optó por reinventarse y ejercer en un área del periodismo que hasta ese momento no había explorado: las comunicaciones corporativas. Tuvo un breve paso por Metro de Santiago, pero se aburrió que su trabajo dependiera de la “excesiva burocracia”, y finalmente, llegó al equipo de la empresa Target Comunicaciones.

“Actualmente los medios online han permitido en cierto modo romper el cerco informativo y valórico (despenalización del aborto, etc.), pero todos sabemos que, por ahora, es muy acotado su espacio de influencia y que las grandes cadenas de prensa escrita, radial y televisión continúan influyendo fuertemente en la opinión pública. Se ve muy difícil en el actual escenario de concentración de la riqueza en Chile, que puedan surgir medios que rompan con este predominio, por lo que habrá que profundizar en las redes digitales”, dice Bustos.

María Teresa Larraín siempre trabajó colaborando para distintos medios nacionales e internacionales. También realizó la producción de contenidos para la televisión holandesa y

alemana, y escribió en la revista argentina, “Panorama”. En el año 1988 escribió el libro “Mañana es hoy”, publicado por Editorial Emisión.

Desde 2006 a 2011 realizó talleres de actualidad e historia en Caja Los Andes de Santiago y particulares en Cantalao, Isla Negra. Junto a ello, ha colaborado en distintos medios digitales como columnista, “El Mostrador” (hasta el 2014), y actualmente en “El Dínamo”. También escribe para el diario “Líder” de San Antonio, de la cadena de El Mercurio SAP. Actualmente mantiene su página web, y ha publicado recientemente el libro “Confesiones entre el Mar y La Mesa”, biografía escrita conjuntamente con Ingrid Weinrich.

Raúl Rojas, desde su salida de “La Tercera”, se ha desempeñado como director de prensa en “Creaciones Panisello”, empresa asesora en comunicaciones y relaciones públicas. Actualmente es académico de la Escuela de Relaciones Públicas de la Universidad del Pacífico; anteriormente lo fue en las universidades De Chile, Del Desarrollo, Bernardo O’Higgins, Santo Tomás, Del Pacífico y La República. Paralelamente, ha trabajado como relator de habilidades sociales en empresas del sector público y privado como Tur Bus, Cámara Nacional de Comercio, Compañía Chilena de Tabacos, entre otras.

“También he sido deportista desde hace 45 años. Cinturón negro de karate, tercer dan. Practico diaria e intensamente gimnasia y me mantengo en plena forma física y mental. Tengo una salud impecable, sin ninguna licencia en 54 años de desempeño profesional”, dice Rojas.

En marzo de 2013 René Durney jubiló en el cargo de editor de Ediciones Especiales en “Las Últimas Noticias”. En septiembre de ese mismo año comenzó a colaborar en el “El Mercurio” para el cuerpo de automóviles de los días sábado y en el suplemento mensual “Más Autos” del mismo diario. “Aparte de ello, tengo un emprendimiento propio en la web, con un sitio llamado Autocenter.cl, dedicado a cubrir la información nacional e internacional sobre automóviles, un sector en el cual trabaja y se especializó en los últimos veinte años”, dice Durney. Su experiencia durante el Golpe quedó registrada en el libro “Periodismo bajo dictadura: la verdad sin mordaza”, editado por el Colegio de Periodistas, el cual será publicado en septiembre de 2016. Además, trabajó durante 10 años en el ámbito editorial en España, Ecuador

y Chile.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- CARMONA ERNESTO y 62 AUTORES. 1997. Morir es la noticia. Santiago.
- CASTRO S. RAÚL.1958. Prensa y Periodismo en Chile. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- CIRCULO DE PERIODISTAS DE SANTIAGO.2008. Cien años de prensa en Chile, concurso nacional de ensayo en conmemoración de los 100 años del Círculo de Periodistas de Santiago. Santiago, Salesianos Impresores S.A.
- GARCÍA DE DIEGO, M.A. y PARRA, V. D. y ROJO, V. P. 2008. Nuevas tecnologías para la producción periodística. Sevilla, España. Siranda Editorial.
- IBARRA, PATRICIO. 2014. Liberalismo y prensa: Leyes de imprenta en el Chile decimonónico (1812-1872). Revista de Estudios Histórico-Jurídicos (36):294.
- MENÉNDEZ. A.M y TOUSSAINT F. 1989. Prensa y nueva tecnología. México D.F. Editorial Trillas.
- NAVARRO, ARTURO, "El sistema de prensa en Chile bajo el gobierno militar", CENECA, mayo 1985.
- OSSANDÓN B., C. y SANTA CRUZ A. E. 2001. Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile. Santiago, LOM Ediciones.
- SANTIVÁN, F. 1965. Santiago. Obras escogidas. Santiago, Editorial Zig-Zag.
- SANTA CRUZ A. EDUARDO.2013. El campo periodístico en Chile a comienzos del siglo XX. Revista Comunicación y Medios (14).

- SANTA CRUZ A., EDUARDO. 1988. Análisis histórico del periodismo chileno. Santiago, Nuestra América Ediciones.
- VÁSQUEZ, VERONICA. 2012. 200 años de la aurora del periodismo chileno. Diario El Centro, Talca, Chile, 12 de febr. , 10.
- VALDEBENITO, ALFONSO. 1956. Historia del periodismo chileno (1812-1955). 2ª Edición. Santiago de Chile.
- VERDUGO, PATRICIA. 2008. Allende, cómo la Casa Blanca provocó su muerte. 4ta Edición. Santiago de Chile, Catalonia.

Tesis

- "Con tinta de sangre. Carmelo Soria o cómo un crimen político se transforma en crónica roja. Una mirada desde El Mercurio", Tesis de Grado de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile .Profesor Guía: Claudia Lagos Lira, Alumno: María José Vilches García, Mayo 2007.

Informes

- Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación (1991). Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Santiago, Chile.

Material audiovisual

- Informe Especial “Los montajes de la Dictadura” . Emitido el Miércoles 9 de septiembre de 2015, por TVN.
- El Informante “El rol de la prensa en dictadura”. Emitido el jueves 3 de siempre de 2015, por TVN.
- La ciudad de los fotógrafos” (2006), Sebastián Moreno.
- “En algún lugar del cielo”(2003), Alejandra Carmona.
- “11 de septiembre de 1973: El último combate de Salvador Allende” (1998), Patricio Henríquez.
- “Aunque me cueste la vida” (2008), Silvia Maturana, Pablo Navarro Espejo.
- “Héroes frágiles” (2007), de Emilio Pacull.
- “Años 70, la invasión silenciosa” (2007), Ángel Palacios.

- “Solidaridad, Fe, Esperanza y Santuario” (1988), Gillian Brown.
- “La Espiral” (1976), Armand Mattelart, Jacqueline Meppiel y Valérie Mayoux.

ANEXOS

A continuación se adjuntan las cartas de consentimiento de los entrevistados que optaron por firmarla.

Julio, 2016

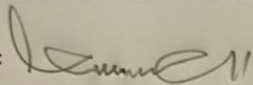
Carta de Consentimiento Informado

La memoria de título “El ejercicio periodístico en el período de dictadura: las prácticas de reporte en medios oficiales de la prensa escrita”, corresponde al proyecto presentado por el investigador responsable Valentina Paz Espejo Droguett del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile que tiene como propósito describir las experiencias de periodistas que hayan ejercido en medios escritos durante el régimen militar.

Su participación como informante en esta investigación es voluntaria. Si usted decide participar de la investigación tendrá la libertad de omitir preguntas y dejar de participar en cualquier momento.

Las entrevistas serán grabadas. Su participación no es privada, por lo tanto, su nombre y otros datos personales aparecerán cuando los resultados del estudio sean publicados o utilizados en investigaciones futuras.

En caso de tener alguna consulta sobre esta etapa de la investigación, usted podrá contactarse con la investigadora Valentina Espejo al correo electrónico v.espejodro@gmail.com o al celular 9-42485276.

Firma participante: 

Nombre: *René Durney Contreras*
Nacionalidad: *Chileno*
RUT: *5.540.326-0*

Firma investigador:

Fecha: 11 de julio de 2016

Julio, 2016

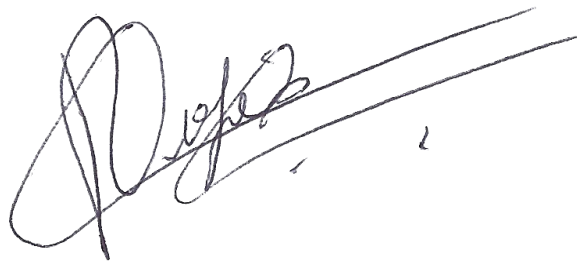
Carta de Consentimiento Informado

La memoria de título “El ejercicio periodístico en el período de dictadura: las prácticas de reporte en medios oficiales de la prensa escrita”, corresponde al proyecto presentado por el investigador responsable Valentina Paz Espejo Droguett del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile que tiene como propósito describir las experiencias de periodistas que hayan ejercido en medios escritos durante el régimen militar.

Su participación como informante en esta investigación es voluntaria. Si usted decide participar de la investigación tendrá la libertad de omitir preguntas y dejar de participar en cualquier momento.

Las entrevistas serán grabadas. Su participación no es privada, por lo tanto, su nombre y otros datos personales aparecerán cuando los resultados del estudio sean publicados o utilizados en investigaciones futuras.

En caso de tener alguna consulta sobre esta etapa de la investigación, usted podrá contactarse con la investigadora Valentina Espejo al correo electrónico v.espejodro@gmail.com o al celular 9-42485276.



Firma participante:

Nombre: RAÚL ROJAS GONZÁLEZ

Nacionalidad: CHILENO

RUT: 4.176.504-6

Firma investigador:

Fecha: 11 de julio de 2016

Julio, 2016

Carta de Consentimiento Informado

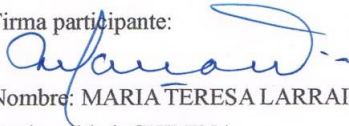
La memoria de título “El ejercicio periodístico en el período de dictadura: las prácticas de reporteo en medios oficiales de la prensa escrita”, corresponde al proyecto presentado por el investigador responsable Valentina Paz Espejo Droguett del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile que tiene como propósito describir las experiencias de periodistas que hayan ejercido en medios escritos durante el régimen militar.

Su participación como informante en esta investigación es voluntaria. Si usted decide participar de la investigación tendrá la libertad de omitir preguntas y dejar de participar en cualquier momento.

Las entrevistas serán grabadas. Su participación no es privada, por lo tanto, su nombre y otros datos personales aparecerán cuando los resultados del estudio sean publicados o utilizados en investigaciones futuras.

En caso de tener alguna consulta sobre esta etapa de la investigación, usted podrá contactarse con la investigadora Valentina Espejo al correo electrónico v.espejodro@gmail.com o al celular 9-42485276.

Firma participante:



Nombre: MARIA TERESA LARRAIN ORREGO

Nacionalidad: CHILENA

RUT: 46090918

Firma investigador:

Fecha: 11 de julio de 2016

Julio, 2016

Carta de Consentimiento Informado

La memoria de título “El ejercicio periodístico en el período de dictadura: las prácticas de reporte en medios oficiales de la prensa escrita”, corresponde al proyecto presentado por el investigador responsable Valentina Paz Espejo Droguett del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile que tiene como propósito describir las experiencias de periodistas que hayan ejercido en medios escritos durante el régimen militar.

Su participación como informante en esta investigación es voluntaria. Si usted decide participar de la investigación tendrá la libertad de omitir preguntas y dejar de participar en cualquier momento.

Las entrevistas serán grabadas. Su participación no es privada, por lo tanto, su nombre y otros datos personales aparecerán cuando los resultados del estudio sean publicados o utilizados en investigaciones futuras.

En caso de tener alguna consulta sobre esta etapa de la investigación, usted podrá contactarse con la investigadora Valentina Espejo al correo electrónico v.espejodro@gmail.com o al celular 9-42485276.

Firma participante:CBP

Nombre: Cristián Bustos Patiño

Nacionalidad: Chileno

RUT: 5.897.331-9

Firma investigador: